

Soliloquios
por combatir
(Ciudad de Los Perros)

Mario A. Calderón

D.R. Mario Antonio Calderón de la Rosa, 1999

Esta obra se escribió con apoyo del Fondo Estatal para la Cultura y las Artes de la Secretaría de Cultura del Gobierno de Jalisco, durante la promoción 1996-1997 del Programa de Apoyo a la Creación Artística.

Agradezco la gentileza de mi Perro hermano, Carlos Vicente Castro, por permitirme recurrir a sus textos como punto de partida para este homenaje a la ciudad que nos vio nacer y ha alimentado nuestra escritura. Sin ellos (y menos aún, sin la merced del lector), esta novela no sería posible.

También a Estela, Mario Elías y mi madre, por darle sentido a mi papel en esta tragicomedia que es la vida.

Mario A. Calderón

*A los Perros que nunca fuimos (Eloy, Carlos,
Mayra...) y la memoria que se niega.*

Transcribo las escenas de mi vida: los cuartos habitados, las luces esperadas, las fechas cumplidas. Armo la historia de los huéspedes de esta ciudad oculta entre ráfagas de caminata. ¿Qué es lo que atestigo? En realidad, no importa. Ya los diálogos se han esfumado, las tardes se han vuelto un soliloquio por combatir.

Mis pasos, los puentes, pasos a desnivel, ¿qué muestran, descubren, que no sean despedidas?

Carlos V. Castro

*Todo tiene su momento, y cada cosa
su tiempo bajo el cielo:
su tiempo el nacer
y su tiempo el morir;
su tiempo el plantar
y su tiempo el arrancar lo sembrado.
Su tiempo el matar
y su tiempo el sanar;
su tiempo el destruir
y su tiempo el edificar...*

Qohélet

Qui comença'l roman
d'un homme

1

Pudiste encoger los hombros. Pudiste olvidar su saco gris, su breve trago de cerveza. Sin embargo, despertaste con el sonido persistente de su voz y te has arrojado a las calles para librarte de ella.

El aire está húmedo todavía; los rostros no han ocultado la inocencia del sueño. Las palomas chapotean tranquilas entre las campanadas que gotean hasta el Parque Rolón, como entonces. Merezco un café, caminar sobre la Juárez tranquila.

Te preguntas sin interrupción de qué habla, si lo has cometido, cuál es tu riesgo de caer. Paso tras paso te interrogas, aunque esa voz parezca sepultarse bajo el aluvión de los recuerdos:

...La Juárez tranquila, de Federalismo a Dieciséis y de regreso.

¿Hace cuánto? ¿Cuánto tiempo desde que cerraron los Pasajes hasta que terminaron con el túnel? ¿Desde que dejamos de ver los peces en Woolworth hasta los cafés nerviosos en el Sanborns?

Dios, ¿deveras es el mismo ex Convento donde nos llenábamos las manos de pintura?

¿Cuántos años desde que mi abuela dejó de venir Hidalgo abajo para asustarme con los pordioseros de La Merced? ¿Es el mismo Corona donde nos perdíamos Margot y yo por los pasillos y mi paciencia era poca ante la belleza de su pasmo? ¿Es la misma Rotonda donde Mary y yo nos entreteníamos en hablar de la ciudad?

Oíste hablar al joven poeta. Escuchaste su voz encenderse con versos flamígeros, impensables en ese hombre delgado, de rostro casi femenino. Versos terribles sobre una redención. Lo oíste, desde la mesa vecina, pronunciar un conjuro como única respuesta.

Y sabes que ahí está, que los sustenta: te sustenta. Que tu desasosiego crece y deseas mejor no escucharlo, no haberlo escuchado. No: te arrepientes de haber ignorado datos, nombres, gestos, mientras el joven poeta, su cabello al hombro y agitado, coincidió contigo en el café. ¿De qué habla? ¿De dónde le vienen el calor de la voz, el fulgor de la mirada? ¿Cómo vivió eso de que habla? ¿Deveras lo vivió? ¿Es que ya logró su redención? ¿Sólo habla su dolor?

Hoy has salido de tu casa odiando no saber, no entender. Has buscado el amparo de las calles primigenias, las de tu infancia, las más sensibles:

Otra vez tengo tiempo para la melancolía, para revisar las fachadas y la memoria: esquinas de mi infancia, cafés de hace un año; ternuras que sucedieron a lo largo de las banquetas. Las tiendas a donde mi madre venía con María agarrada a su falda y yo en brazos: la densidad del Rochas, crujir de bolsas, el pitar y zumbiar de los juguetes; mi padre en Caballeros con el ceño arrugado. Yo parado entre dos espejos, saltando, multiplicado al infinito. Después, María agarrada de su mano y yo a mi madre, todos con bolsas; mi hermana y yo frenéticos ante la máquina de helados; yo con pantalón corto y frío en las piernas, dormido sobre las de mi madre durante el regreso: ahora todo está abandonado.

Te has empeñado en llenarlas de sucesos. Más bien, en convencerte de su vida y la tuya ahí dejada, protagonizando nuevas anécdotas, estimulando la memoria, aderezándolas con nuevas sensaciones:

En esta calle sucedieron los milagros de mi vida. Bajo estos árboles, entonces jóvenes, elásticos, lloré de melancolía por vez primera. En el quicio de esta puerta, entonces más alegre, mi padre me apretó fuerte con los brazos y lloró.

Margot me abrazó bajo este árbol y supe que no habría dolor más terrible, ternura más grande ni fe más firme: el sonido de su nombre, el tacto de sus dedos, su rostro de sonrisa siempre honesta.

Mary deslizó su mano por este muro, con su polvo me dibujó una sonrisa y la besó. Aquí abrí furtivo su vestido y la acaricié y la besé con fervor desconocido... Aquí la vi por última vez.

Sólo aquí tengo certezas, porque esta calle ha escapado al tiempo y cómo nos devasta. Sólo aquí la lluvia es igual que en la infancia y el ácido olor de la hojarasca está limpio todavía. Sólo aquí vuelvo a la inocencia; sólo aquí encuentro algunas hebras del amor, tan lastimado, tan escondido.

Aquí no existe el vértigo. Aquí sólo están los fantasmas amables.

Aquí, no he cometido traición.

Pero ahora las encuentras indefectiblemente vacías: sólo las transita el desasosiego.



Has recapitulado, bajo el influjo del poeta. Has buscado indicios de un instante, un gesto revelador. Has concluido que no encuentras nada definitivo, sólo una marchitez gradual de los colores, los sonidos; una progresiva anosmia.

Habló de historias alguna vez. Lo recuerdas: las mencionó y habló de cuán terrible se percibe en ellas el desasosiego del traidor. Pronunció un nombre que debes recordar.



2

Te has dejado arrastrar por la Ciudad hasta las calles de tu infancia y sus oteros; recorres los lugares que eran sueño y develas los secretos de su memoria.

Te dejas interpelar por una voz recóndita, haces examen de conciencia sobre los mismos escenarios de tus actos.

Has buscado todo el día un nombre olvidado, un misterio de fe; has devorado sol y azahares, estanterías de polvo y misterio; has sentido el olor aún más misterioso de la humedad entre las hojas. ¿Buscando qué? ¿Una seguridad de inocencia? ¿Una puerta redentora?

Buscas en rostros y voces, en libros desusados, historias trágicas de un hombre cuyo nombre no recuerdas. Persigues una certeza de ti:

*¿Cuándo profanaron el sagrado abandono del Roxy?
¿Cuándo dejé de pasar frente a él sólo de noche, en
automóvil, como si transitara por las pesadillas? No puedo
dejar de beber la Mezquitán del día, su frenesí de rock,
discos, revistas; Hendrix, Dylan, Morrison. Es imposible
pasar por aquí sin descubrir tierra nueva en la misma
estación del recuerdo, eludir los anaqueles atestados, no
aspirar la mezcla de humedad, ozono, incienso, la vainilla
de los libros viejos; sonreír, resplandecer desde los ojos,
asombrarse desde la infancia, coger un libro, un acetato
lastimoso, contagiarse de la euforia en lo prohibido.*

Y dentro de algunas horas –lo sabes– habrá sucedido algo: un relámpago de la memoria, una evidencia, la concreta nulidad de tus afanes; el olvido. Pero –puedes intuir– eso no será el final, ahí quedará

el desasosiego pendiendo sobre ti. Olvidarás algo en el camino a cambio de encontrar un incierto algo más.

Porque caminarás, o más bien, desandarás: has de volver a los años tristes, a los terribles, e instalarte en sus banquetas.

Entonces no había naranjos, y de haberlos estaba demasiado ocupado en tejer el mundo. Tenía prisa: te irías en dos meses, la ciudad estaba llena de puños levantados, mi padre había otorgado una frágil tregua; Manuel comenzaba a permear la tranquilidad del hogar. También antes tuve prisa, Mary, y la muerte fue el cebo fiel en el fondo de todos los episodios.

La muerte sabía disfrazarse bien, pero nunca guardó el silencio necesario. Siempre atrapó a alguien equivocado, o quizá lo hizo a propósito: una losa y otra y otra: despedidas concluyentes, encuentros casi macabros. Parece estrecharme el cerco, Mary Jones.



Mary:

No tengo derecho a la nostalgia: mis años lo prohíben.

La nostalgia. Mismos calores y cigarros, el tiempo medido todavía por minutereros. Los mismos zumbidos de las avenidas, la espera de cualquier cosa, medir las monedas. Una cerveza sola. Soledad. Nombres que rondan la memoria.

Y encontrarte ahora en diez palabras bajo la puerta, diciendo que me esperas en otra parte.

...La memoria que hace todo igual: zumbidos de la ciudad iguales, la nostalgia que no debería tocar mis banquetas. Esperar cualquier cosa de tu nombre. Tu nombre: sonrisa perpetua, ojos que miran la ciudad ajena. Saber que no hay segundas oportunidades, que todo es una estampa de recuerdo. Que sólo quedan finales para imaginar y tú ahí, en diez palabras, diciendo que no es cierto.

Aire. Rebotes de muro y camellón. Los ojos. No debo dejarme llorar; no por tan poco. Ya estás fuera de mis dolos y dolores. Tú. Em ei er

way; verano, reloj, ojos convergentes en el silencio de otros. El café: Mesas verdes y palabras, el abrazo tímido para engendrar la memoria. Estampas. Todo igual, confesión de amores y esperar.

Esperar. Aunque la nostalgia no es mi derecho, ni el miedo. Calles, palabras, silencio. El silencio igual. Tiempo devorado en minutos. Nombres. Tu nombre. Las puertas de la ciudad extrañas, grises por tus ojos. Uñas largas. Presencias de papel y desmemoria.

Ah Mary,

Mary Jones.



La fable dels Chians

1

Vas conociendo la historia –historias– de la desesperanza; hurgas en el polvo para rescatar las cáscaras de pintura con sus palabras más grabadas que escritas, mientras el poeta y el fuego de su voz se disuelven en el vapor del café:

La penumbra, el polvo, nombres garabateados con tinta como el fuego. Y las telarañas, la humedad y su asfixia. Los Perros. El desamor. Nombres de hombres y mujeres tejidos en una historia cruel: Azucena, Mario, Carlos, Ricardo, Laura. Las muchas historias entreveradas, divorciadas, sobrepuestas. Nombres que se leen dolorosos: Azucena. *Laura*.

Cómo duele ese nombre hecho dedicatoria. Cómo duele la voz de Carlos, anónimo, escindido por la desesperación de su escritura, las grietas del muro, el dolor desamor-Laura; su tristeza acerba por Mario y Azucena.

La tristeza, el dolor, el olvido: eso es el sofoco de esta casa. El absurdo de la muerte cuando se anticipa, el brillo de la vida asesinado.

Y, carajo, todo injertado en un muro que fue testigo; injertado con el fuego y la fuerza del dolor supremo, suicida, inextinguible: la sombra de los muebles, el abandono del aire, el penetrante olor de coitos rituales, hogueras de bolsillo, cenizas, embriaguez: esto es más que una descripción: la agonía, mirada tutelar del cuervo carcajeándose; Dios vuelto hacia otra parte: la sima. Las palabras son rasguños que quieren reptar hacia la vida, exhaustas, hechas crónica de un dolor real, imprecante.

Puedes ver los rostros:

...Carlos (¿Carlos?) triste, mirada baja, la boca rígida. Mario ensombrecido, más pálido aún: lívido. Sus labios, creados para el beso y la palabra, destruidos entre los dientes, en la muerte de Azucena. El cabello encrespado, sus actos encrespados. Pequeños los ojos, muy al fondo de las cuencas, de un castaño igualmente ensombrecido. Y Azucena: cruel belleza de la muerte que devora.

Ricardo: a él no lo imagino. Su culpa es tan monstruosa que escapa. Sin embargo, es el único invulnerable, el único inocente. El único capaz de sonreír, porque *no estuvo aquí*.

Cómo amo el dolor de Carlos, cómo sufro la agonía de Mario. Me entrevero en esta narración sin comienzo ni fin precisos, en las muertes sucesivas, recombinadas una, tres, cien veces; soy el desamor rotundo que gotea desde las manos de Azucena.

¿Quién es? ¿Quiénes son? ¿Dónde están sus muertes, más allá del muro?

Cómo se desdobl原因 los personajes, cómo se multiplica el dolor, el hecho de la muerte: el lecho de la muerte. El hecho: suicidio anhelado, perseguido, capturado entre las piernas de Azucena.

Me estremezco y rehago una, tres, cien veces: esta historia debe conocerse entera, el muro exige recorrerlo entero con los dedos.



2

*A*nalizas las palabras. Las cuentas:

Veintiuna. Hay cábala. Quizá por eso, por el tabú del siete por tres, es difícil hilar el espejo antiguo del recuerdo con estar-vivo, ojiabierto a ratos y a ratos testigo: de los recuerdos mismos, nocturnos; la muerte incontable y sucedida, la muerte futura que me romperá a fuerza de recordarse.

Quizá por eso tengo todavía abierto este libro de autor desconocido frente a mí, en la página de este hombre que quiere pensar en mi cabeza y fue pensado por un escritor.



Ya son veinte minutos, callado, conociendo a Ricardo Suárez; inmóvil, viendo los muros desconchados desde los ojos de El Perro y Azucena.



Veintidós minutos frente a una consigna abrupta: «¿Son los sueños un espejo de la soledad, la muerte un espiral de vivencias, los recuerdos un sueño de la muerte?»*



Quieto por veinticinco minutos, preguntándome quién es La Perra y atendiendo apenas a esa mujer que me interpela con su sonrisa desde

* Carlos Vicente Castro; «A la nostalgia que vuelve cuando menos se la espera», inédito.

la otra mesa, que me interrumpe cuando vislumbro apenas que estoy solo y sí, estar solo me descubre la angustia en noches de cama incompartida, las mañanas con derroteros invariables sólo acompañado por el hombre de los Faros.



Me interrumpe con su sonrisa y vuelve a su anomia. Los sueños no son espejo de la soledad, qué carajo. Apenas un remedo de la angustia bien puesta por no encontrar más esquinas apropiadas para casualidades, encuentros, separaciones, ni sombra alguna de angustias paralelas en los vecinos de café.

Y sigo fijo en esta sentencia que no entiendo del todo aunque siento que vaticina. No tengo la entereza de pasar la página hasta saber por qué me señala este escritor anónimo y me tiene sumido en cavilaciones por más de media hora, después de pasar el día entero en busca de su nombre.

¿Quién le da derecho a juzgar mi soledad, mi quietud pese a la belleza de esa mujer que ahora escribe en una servilleta? ¿Quiere hacerme creer que estar vivo es recordar una muerte pronosticada, que soñar es estar solo y estar solo ser cadáver? ¿Qué pretende conmigo?



Cuarenta minutos. Me interrumpe el mesero para entregarme una servilleta: «¿Quieres hablar sobre la nada y la muerte?» Apenas levanto los ojos para ver a la mujer. Imagino que es la Muerte disfrazada y me da náusea, y la náusea me sube al rostro remedando una sonrisa.



Cuarentaytres. «La nada y la muerte». ¿Quién le da derecho a fregar con incertidumbres de bolsillo?

—Te vi fijo en esa página y recordé cuando leí ese mismo cuento — dice mientras se sienta.

Enciendo un cigarro y observo su rostro. ¿Para qué hablar de la nada y la muerte, la soledad y la muerte, el recuerdo de la nada?



Pone un servilleta limpia sobre la frase y cierra el libro.

–Conozco a Carlos Castro.

Indago en sus ojos: inverosímil.

–Esos cuentos son sobre unos que fueron mis amigos y uno que fue mi... mi novio... Ellos me enseñaron qué era la poesía. Me llamo Azucena en *Los Perros*. El Perro me enseñó a fumar mota. También Faros, pero a mí me gustan los Camel. El Perro se llamaba Mario y era virgen. Yo también... Más o menos. Ambos, pues. Se nos quitó así como dice el cuento pero de otra manera... Sin *literatura*, ¿sabes? ¿Me das un Faro? Carlos no... Él es muy lindo. Él no tiene vicios ni nada, es... ¿cómo se dice? ¿Inocuo? ¿Inicuo? ¿Eunuco? Jaja. Bueno, como te decía: cuando leí el libro duré una hora ante la frase, completamente inmóvil, así como tú. Pero las frases de Mario eran peores. Imagínate: «¿Has tratado de rescatarte hasta el silencio?» Me tuvo dos semanas dándole vueltas como idiota. Cuando Carlos sacó su libro, entendí que los dos traen el mismo rollo *pa-che-co*: «La nada y la muerte». Sigo sin entenderle pero suena bien, ¿no? Hasta hay un libro que se llama así, ¿no?

Carajo. Sólo me importa desprenderme de esta frase, de su ensalmo. Me siento obligado a abrir el libro, le doy el cigarro para que deje en paz las manos. Azucena (¿así se llama?) tiene razón: la nada y la muerte. Pero ¿quién entiende todo esto? Y ella soplándome el humo en los ojos.



Una hora. El cigarro se consume solo en el cenicero. La veo de frente, firme, harto; nervioso. Sólo puedo juntar resignación a la muerte –su muerte–, a compartir el abandono, la soledad de mi cama; arrojar el libro al piso, negarlo todo al menos hoy y silabear *qué / chingados / quieres* ahogado de miedo, de sed, de dolor.

–¿Ya ves? También duraste una hora.



3

La escuchas tararear mientras se baña. El olor a encierro te obliga a encender un cigarro, sin que puedas dejar de ver el techo. Sientes un calosfrío y jalas la sábana. Recapitulas: Los Perros, la tarde ante una frase; el encuentro inverosímil. Te sientes cada vez más incómodo, deseas que por fin cierre la llave y deje de cantar, que se largue con su ruido, el ruido que te mete en la cabeza.

Te inunda una insatisfacción desconocida, hecha de preguntas en torrente que se confunden con imágenes del sueño, los recuerdos de la noche, escenas de uno y otro cuento; fragmentos de tu infancia y tus idilios; su rostro de ayer: El Perro también fumaba Faros. El cigarro te sabe horrible; lo apagas tratando de contener la náusea.

El desasosiego te obliga a dejar la cama. Comparas las calles de tu infancia con las de Los Perros sin hallar un maldito punto en común; encuentras demasiada paz en tu memoria y descubres que es mera cobardía, mientras el libro te ofrece un vértigo perverso como los movimientos de Azucena, su deseo interminable de explorar cada parte de su cuerpo con el tuyo, su reclamo de probar el dolor con los dientes y las uñas, como buscando el placer de los suicidas.

Te repugna sentir el cuerpo embalsamado en sus fluidos, recordar la vorágine de la noche entera contra la paz reconfortante de tu vida. Haces inventario y no encuentras nada que valga atesorarse en la infancia que escogiste, la ciudad que has construido.

No puedes creer tanta miseria ni te explicas cómo ni cuándo murió la luz que iluminaba las jacarandas de la calle, las tardes lluviosas de entonces; cuándo perdió la hojarasca su olor casi de orines. Descubres que tu vida no ha sido más que la mayor traición que se puede hacer

a la vida misma: no vivirla hasta el fondo, hasta el dolor, ése que siempre te negaste.

Ahora conoces tu deuda con él, reconoces su papel de condición ineludible, mientras el canturreo de La Perra te lleva al paroxismo y te descubres, desnudo, de pie en medio del cuarto, mientras escribes un poema en la pared.



4

¿Qué te ha hecho permanecer sentado dos horas frente a nadie?
¿Qué hay en La Perra que no puedes olvidar su olor, el tacto de su piel; la llamarada nocturna de sus ojos?

Y más: ¿por qué ahora recuerdas tus calles y las encuentras llenas de cadáveres, más devastadas aún que la casa del poeta?

Casi dos horas sin saber qué te impulsa a llorar, sin entender qué te siega el grito en la garganta. Dos horas frente a un vaso intocado, reconociendo cada instante de rutina en los vecinos; incapaz de darte cualquier respuesta ante una ciudad que encuentras habitada por espejismos idénticos a ti.

No entiendes por qué Los Perros (Mario, Azucena; cualquiera) saben más de la vida que tú o quien sea; cómo alcanzaron el fondo del dolor sin cuestionarlo; de qué modo encontraron un rostro distinto a cada puerta y cada esquina de este desierto, detrás del siempre, sin necesidad de pasado; enemigos de pensar en consecuencias.

No entiendes qué te hace sentir tan solo de veras, tan distintamente de ayer, tan frágil; por qué temes leer las palabras de Azucena, pisar las banquetas; enfrentar el espejo.

Hoy no dejarás de hacer balance, aunque no sabes dónde comenzar.



¿Por ahora? ¿Por el principio?

¿Y cuál es el principio?

¿Qué fue de las calles que me alimentaron? ¿Qué ha sido de mí, de nosotros?

Nos hemos cegado de recuerdos para no ver el vacío que crece frente a nuestros mismos ojos y toma formas nuevas.

Los colores se han desgastado. Nada hay vivo frente a mí. Todo ha sido creer que está bien, todo encaja, nada sale de su horario. Las canteras se han vuelto amorfas mientras me dedico a pasar de largo, cabizbajo, cuidándome los pasos para no extraviar ninguno; todas las miradas se han vuelto turbias a fuerza de fijarse en una misma cosa, rehuir otras, evitar el vacío en otro rostro, en una fachada carcomida... He optado por morir antes que me devore la ciudad, de que el peso de sus piedras caiga encima de mí para crearse un rostro nuevo.

Porque la ciudad es inexorable. Necesita el desierto para ser de nuevo, no le importa qué hagamos, qué haga de mí, del suelo donde encajé mis raíces, los rostros que éramos, los sueños que se alimentaron de ella.

Y yo tan ciego siempre, tan fiel, necio en apuntalar mis rincones antes de perder el último refugio. ¿Qué valen las jacarandas? ¿Qué queda de la hojarasca llovida de Colonias? Lo mismo que de mí, de los pedazos que me arranqué y arranqué a otras vidas cuando no podía más, para alimentar todo eso sin saber que la ciudad devora y no agradece porque es incapaz; el dios supremo es incapaz de percibir un sacrificio infinitésimo. Nuestro deber es alimentar su eternidad, venerar el cambio continuo que es la Ciudad misma-Dios, y yo tan tonto, tan apóstata, creyendo que no, que *algo* debía conservarse, que mi deber era mantenerla limpia, originaria, aunque fuera en el altar de la memoria; que costara la ceguera pero que la memoria fuera de nuevo en los sueños.

¿Qué queda ahora? ¿Qué salvé? ¿Por qué me negué al holocausto si en él está salvarse, dejar ser la ciudad misma en mí, su vacío infinito, supremo, eterno?

¿Por qué negamos esta resistencia al vacío, tan de todos y al cabo delatado en nuestros ojos? ¿Por qué ha de ser inconfesable? ¿Para qué disfrazarnos de contento?

Sin embargo, no puedes creer que esta miseria sea la misma ciudad. Te es imposible creer en este espejismo del vacío:

Alguien debe estar luchando contra el tedio y la idiotez; algo debe traer la lluvia, *te dices*. Algo debe quedar, *insistes*. Hay que buscar los vestigios, algo debe sobrevivir por sí mismo: un aroma, un muro; una banqueta. Alguien debe percibir la luz peculiar de las jacarandas, con los ojos abiertos de otro modo, con la espalda ligera; alguien debe escuchar todavía los susurros subterráneos.

Algo debe existir fuera de mis muertos, de mi fuga continua ante el espejo; de la infancia derrocada en sus propias calles.



Debes largarte de aquí, encontrar la ciudad más allá de ti mismo, de la vida apacible que te hunde. Y recuerdas un conjuro pronunciado con voz flamígera: Arroja tu lanza al infinito.



Mio Çid exió la cibdat

1

Avanzo en busca de la ciudad, sobre sus calles implacables. Mis ojos beben todos sus resquicios, mis pies registran cada centímetro del suelo en busca de claves redentoras. El sol entra a saco por mi cuerpo: debo llegar al fondo, vivir el dolor que adeudo al pasado y el ahora, reencontrar el brillo de lo vivo, el dulzor de los azahares; lo entrañable en cada muro y cada rostro. Debo llegar al fondo, al límite; saltar la barrera de tantos días en la penumbra; volcar las lápidas que inundan la memoria, que tapien mis ojos y mis manos. Pero ¿qué buscar? ¿Cómo rescatar de su olvido a la ciudad? ¿Cómo llevarla hasta las calles de entonces y sus jacarandas, rescatar la hojarasca y las mujeres, las puertas, las fachadas; el color de las paredes, sin cometer traición, sin negar la vida incontenible de *este* día?

Las calles, su polvo que penetra hasta los huesos por la piel; el rugir de los camiones, banquetas reventadas por los alamillos; el olor penetrante del sudor, el aire más lento que mis pasos: ¿es esto la ciudad? Frigor, acero contra acero, la fruición de esquivar un automóvil; el deseo de caer bajo sus ruedas y conocer la dulzura en la agonía, la gradual inconsciencia del que muere, ¿son la sangre que la anima?

¿Cuánto aire he de aspirar para igualar el pulmón de la ciudad? ¿Cuánto para apresar todos sus aromas? ¿Cuánta fuerza necesito para conocer el alma de cualquiera durante el instante mínimo del roce?

Debo encontrar la ciudad: alcanzar el infinito, romper con todas las preguntas; caer y elevarme en el vértigo de cuanto rehusé vivir sin conocerlo: el espejo que es todas las miradas, las muertes ofrendadas; los recuerdos, los sueños, la soledad verdadera de los muertos: de Los Perros, Margot, Inés, de Mary; del yo mismo que se oculta.

¿Pero dónde carajos comenzar? ¿Quién conoce todos los secretos?
¿Quién tiene brillo de infancia en la mirada? ¿Dónde está ileso el
pasado y dónde el dolor necesario de vivir, que no aparecen? ¿A
quién pregunto, antes de sentir el peso de la tarde?

...Es el único inocente: él no estuvo aquí.



2

*E*l único inocente: Ricardo Suárez, dueño de las llaves sujetas por un nudo de ahorcar, las que ahorcaron los temores de Los Perros entre las paredes que guardaban.

Dueño de una casa de éstas que albergó las últimas ilusiones de Carlos, Mario, Azucena, Eloy, Georgina; que les mostró el último trasfondo de la vida, la Ciudad; los enseñó a ofrendarse sin necesidad de la mirada.

No puede ser inocente. Heredó a Los Perros un terror que ni él mismo toleró: calles decrepitas, violencia en los rostros que ocupan las esquinas. Acaso *invulnerable*... Sólo porque *no* estuvo aquí. Ni siquiera eso: apenas cobarde: no supo enfrentar la violencia que destila por los muros, la vida ahogada entre los adobes; prefirió redimirse en otros, probar su resistencia para sonreír desde afuera.

Pero no vine aquí para juzgarlo. Me trae la esperanza de que haya vuelto y me enseñe a apurar la copa hasta las heces, a dejarme de preguntas; de buscar razones para todo. Debo vivir la vorágine hasta el límite y hundirme más todavía, como Mario, como Carlos; acrisolarme en el horno del dolor: el desencanto, el desamor; el desamparo que Ricardo rehuyó.

Y de nuevo: ¿por dónde comenzar? Abro el libro y sólo encuentro pistas falsas, aproximaciones cuanto más: una casa en Mezquitán, un puñado de nombres. Sólo quiero una señal: un poema decantado por el tiempo en el adobe, un rostro; alguna alusión, un torso grabado en la pared. Oteo por las ventanas y sólo encuentro mujeres frente al resplandor de la televisión; adolescentes jugando al amor entre la doble luz del crepúsculo y los focos; ancianos que dormitan en espera de la muerte: no hay palabras en los muros interiores, ningún espejo

sacrilegado con rostros de labial; ninguna fogata extinta en el centro de la sala: Ninguna cama guarda el polvo sobre su cobija ni hay versos a los pies de ellas ni libros de Ovidio o Baudelaire.

Abro el libro y una servilleta niega las palabras; volteo al cielo y su grisura me prohíbe recordar, tan distinta al cielo de mis calles. Su aridez de estrella sola hace entrar por mi pecho un dolor distinto a la melancolía: ¿la verdadera soledad? ¿Un sueño de la muerte? Entonces no hacen falta los recuerdos, sólo dejar que penetre, ceder y perderse en él, invitarlo con sólo imitar el reto de cualquier mirada.



Acaricio la navaja en el bolsillo con el fervor de un convocante: he sostenido la mirada de este hombre por tiempo más que suficiente. Sólo me mira y sostiene su propia sonrisa de desprecio. ¿No merezco ya ni ese mínimo derecho? ¿Cuánto debo esperar?

Bebe la cerveza que alguien le acerca. Parece preguntar si tengo la altura suficiente. Ríe. Se para lentamente, comienza a recorrer los tres metros que hay entre nosotros |



Las carcajadas me irritan hasta lo indecible, no sé si más que este hombre mínimo capaz de derrumbarme con un roce por la espalda: «¿Tienes lumbre?»

Quisiera desquitar en él los golpes esperados, la puñalada redentora, pero no. Me lo impiden el temblor de las manos, su aspecto denigrado casi hasta lo animal: un mero harapo de metro y sesenta cuanto más, desecho descalzo de sí mismo. Su hedor a mierda me prohíbe la compasión; la estopa en su mano me invita a despreciarlo. Pero no vine a eludir.

–¿Y un cigarro? –dice con voz arrastrada mientras saco el encendedor.

Me ve como lo haría un perro, esperando que mi mano saque la cajetilla en el bolsillo, frente al corazón incontrolable.

–Chido, ese –agrega mientras coge con una mano el cigarro que le ofrezco y el resto con la otra, para esconderlo entre los pliegues de

una cobija. Dirige su mirada turbia al grupo de la esquina—. Si tienes pedos con esos bueyes nomás dime; ya saben que a Eloy nadie le aguanta un tiro... —aspira la estopa oculta en el puño y se mete el cigarro entre los labios—. ¿Tienes un peso?

Las carcajadas otra vez. Lo veo consumir medio cigarro mientras lo enciendo; agarra el encendedor y también lo esconde en la cobija. Eloy. El iconoclasta que hacía bocetos sacrílegos en las paredes. Un desecho.

Divaga un largo minuto, con los ojos extraviados, como si yo no estuviera ahí.

—Yo soy un gran pintor, ese... —de nuevo las carcajadas—. Yo hice el mural del Panteón... Ei. El de... el de... ¿Quieres? —me ofrece la estopa—. Yo soy un gran pintor, ese. Yo pinté la rorra del panteón con todos Los Perros alrededor... Yo soy el de... el...

Apaga el cigarro con el pie y vuelve a perderse. Me toma del brazo.

—Yo no soy puto, ese. El que quiera un tiro ya sabe... Pinches niños pendejos... Se sienten muy vergas porque se dan un toque... Mis güevos... Yo soy de ligas mayores, ese... Ya pasé de los hongos; yo conozco todos los secretos de Hículi... ¿Sabes quién es Hí | ?

No llega el momento en que se decida a hablar.

—Sí... Yo soy el de hasta abajo, el del ojo que te mira bien culero, güey... El pinche Mario se abrió...

—¿Lo conoces? —pregunto sin contenerme, los ojos abiertos hasta el límite; el pulso martillándome las orejas. Pero no me escucha, sólo me aprieta más el brazo, hasta el dolor.

—La rorra simboliza nuestros pedos, ¿entiendes? La calle, ese, la noche eterna del espí | ¿Sabes con quién estás hablando, ese? Con el único cabrón que aguantó verga, con el único pintor de güevos en esta pinche ciudad... Yo te puedo recitar a Sabines en maya, cabrón, yo conozco el infierno... La noche eterna, güey, esperando que le abras las patas y se la dejes ir como el Mario con la Azucena, cabrón... Se abrieron los putos, ese.

—¿Los conoces? —insisto apretando su mano.

—¿Qué pedo, cabrón? Nomás estamos platicando, no te alteres... A Eloy nadie le canta un tiro.

Vuelve a aspirar la estopa; se la arranco; suelto mi brazo de un jalón y lo sujeto por el cuello de la camisa. Manotea y lo acerco hasta casi escupirle en la cara:

—...Y ningún pinche Eloy me aguanta un putazo sin hablarme de Los Perros, *güey*. ¿Estamos? —me ve a los ojos un instante, sorprendido, atemorizado. Recalco:— ¿Estamos?

Lo suelto y trastabilla hacia atrás, hasta chocar con la pared. Poco a poco se deja resbalar hasta el piso. Llora. Gime. Las lágrimas le hacen surcos en la mugre del rostro; lo cubre con las manos.

—¿Me vas a hablar de Los Perros, cabrón? —le paseo la estopa frente a la nariz. La retiro antes que la alcance y vuelvo a preguntar:— ¿Dónde están Los Perros, *Eloy*? ¿Cómo chingados encuentro a Ricardo?

Apoya las manos en el piso; adelanta su rostro hacia mí y revienta en alarido: *están muertos, puto. Están muertos, ¿me entiendes? Se abrieron, cabrón. Me dejaron solo en el infierno, buey; no aguantaron el aliento del pinche Satanás, ¿entiendes?*

Escucho su voz herir los muros, el eco del grito. Los pandilleros hacen valla con sus miradas sorprendidas mientras camino hacia la esquina; no aguanto el aullido que lo desgarran.

Un zumbido ronco me crece en la cabeza. Arrojo la estopa por cualquier alcantarilla apenas entrevista; siento el vértigo cada vez más intenso de su canción, el olor del tonsol aferrado a la nariz y un impulso irresistible de correr: *Sácalo, sácalo, antes que nos lleve el diablo...*



3

*A*ntes que nos lleve el Diablo... Eloy llegó muy entusiasmado con su casete nuevo y antes que nada, antes que emprenderla de una vez con los últimos detalles del mural, quitó el de Violeta Parra y abrió una botella de ron para festejar el hallazgo.

Hace un calor insoportable; la luz me hace arder los ojos bajo los párpados. Trago un buche de saliva amarga y lo siento descender hasta el estómago, muy despacio. Azucena sigue recostada en mi pecho a pesar del calor. El de su cuerpo es diferente: me traspasa en ondas exquisitas, apacibles, mientras canturrea junto con la grabadora: *tírala, tírala, antes de que yo me muera...*

Hace un calor terrible, y más en el sillón. Pero no soltaré a Azucena. Echaría a perder este mareo dócil que nos envuelve y me impide juguetonamente fijar la vista en los perros que nos representan, rodeando a la mujer desnuda: Carlos, un gran danés; Azucena, un poodle; la Geo y Elisa immortalizadas en un mismo sambernardo. Yo, un perro corriente; Eloy –y su ego, por supuesto–, en un animal más deforme que los demás y mira al espectador como diciendo «aquí estoy, no te hagas».

–Oye pinche Mario, pásame una canala... Te hablo cabrón, no te hagas. Carlos, ¿qué trae este pendejo? –y Carlos saca el aire muerto de risa, pero tampoco le contesta. Volteo hacia él y lo veo dar un trago a la botella de ron; me la pasa.

–Ahora sí que estamos buenos, pinches Perros. Ya ni el mural que les hice –me quita la botella y bebe. Le hago señas de que espere un poco.

Azucena tiene los ojos cerrados todavía. Suelta el aire por fin, sin aguantar la risa, mientras Eloy se para para regresar la cinta: *...si tuviera religión...* Carlos echa la cabeza para atrás y comienza a dormitar.

–Oye, Castro –le pateo la silla; abre un ojo y tarda horas en darse cuenta que le hablan desde la Tierra–, ¿qué chingados dijo la Geo que parecía yo?

–Un *clochard*.

–¿Y qué chingados es eso? –pregunta Eloy.

–Un *clochard* / No se burlen de su francés, que muy caro le cuesta a sus papás | ...creo que es como un vagabundo.

–¿Y a qué hora se desafanó?

–Sepa. Ya ves que la regañan si llega tarde.

–Y peor si llega oliendo a cosas *raras*. ¿Te acuerdas del día que se fue caminando hasta Providencia para airearse y que no se lo fueran a notar? –tercia Azucena.

–Si lo hace diario, tú. ¿Por qué crees que está adelgazando la cabrona? –dice Eloy.

–Yo creí que por la gimnasia que le haces todos los días –le contesto. Se enoja.

Carlos, bien arriba otra vez, con el dedo alzado, reemprende el tema. Habla despacito, despacito:

–Que te veías como *clo...chard* ahí nomás tirado en la puerta de la escuela... Así como está Eloy.

–¿Y eso es malo, cabrón? Que me pases las canales, pinche Mario.

Azucena le avienta la cajita y me abraza por los hombros, como disculpándose por esa espera tan larga. Cierra los ojos muy dulce, y suspira.

Doy un trago a la botella para quitarme el amargor: *Sácalo, sácalo, antes que nos lleve el diablo*. ¿Óscar Fuentes se llama?

La mujer tiene el coño a la altura del ombligo. Se lo dijimos desde que nos enseñó el boceto.

–Oye Eloy, ¿y si quedaras pendejo de tanto quemar?

–No mames, pinche Mario.

–¿...O pistear? –bisbisea Carlos desde su silla.

–No mamen, putos. Antes se les tuerce a ustedes; no aguantan nada –termina de enrollar el cigarro, lo enciende y se pega un toque que hasta se le saltan más los ojos.

Me lo pasa, muy retador.

¿Qué ha sido de tus Kilderson, Mary? ¿Todavía es precaria su vida y feliz? ¿Qué tal la casita de madera? ¿Qué tal las ropitas remendadas?

¿Todavía te envidian por tus Kilderson, Mary? ¿Todavía eres melancólica y tus ojos vidrean como lluvia en la ventana?

¿Por qué recuerdo ahora tu niñez? ¿Por qué el columpio y el parque, la pequeña Rosemary rodando por el pasto? ¿Quién me invita al serrallo de tu infancia? ¿Quién ha hablado de mi melancolía? ¿Nadie te ha dicho que yo era protagonista de mis historias, y que eran más tristes que tus Kilderson porque vivían en la ciudad?

¿Por qué no me cuentas ahora de tus Kilderson, niña solitaria? ¿Quién te da derecho a serlo? No me rompas ahora, Mary Jones. No puedo con más. No me obligues a contarte de mis calles grises, de mis jacarandas, de las losas grises. No te vuelvas confidente de ese horror. No me obligues, Mary Jones.

Hace un calor insoportable; la luz me hace arder los ojos bajo los párpados. Trago un buche de saliva amarga y lo siento descender hasta el estómago, muy despacio. Azucena sopla sobre mi rostro.

Los Perros. Mary. Un telegrama. ¿Dónde quedó la botella?

Mario.

Putra madre. *Yo no soy Mario*. Abro los ojos: una fuente, un paredón de adobe; un templo. Árboles. Palomas. Mujeres con niños en brazos. ¿Qué hora es? ¿De qué día? Estoy acostado en una banca; me siento tan rápido como puedo. Estoy mareado. Meto el rostro entre las manos. ¿Dónde chingados estoy? Me siento abochornado hasta lo imposible.

Yo no soy Mario, yo no tengo nada que hacer aquí.

Terriblemente mareado. Aspiro hasta que me duelen las costillas, suelto el aire poco a poco.

Me descubro el rostro: un paredón de adobe y un templo detrás, gris, antiquísimo. A mi derecha, arcos de cantera y juegos infantiles. Un cartel: *La comunidad indígena de San Miguel de Mesquitán manifiestan su oposición a que ésta área verde se convierta en estacionamiento.*

Mequitán. Reviso mis bolsillos: cartera, monedas, llaves: nada. Pateo el suelo. Me aliso el cabello. ¿Cómo carajos crucé Federalismo? ¿Qué hago aquí? Para sueño ya es bastante: *debo* despertar: sacudo la cabeza, respiro hondo, me muerdo la lengua.

Comienzo a recordar: ayer (¿ayer?) vine en busca de Ricardo y Los Perros. Me encontré con un hombre hecho mierda. ¿No lo soñé también? No: me pidió algo. Bajito, moreno bajo la mugre. Sacudo de nuevo la cabeza, para desprenderme de ese olor a tonsol que me punza en la nariz, remover los recuerdos. La inclino hacia atrás, aprieto los párpados, los presiono con los dedos: nada. Hasta ahí.

—A Eloy nadie le canta un tiro... ¿Sabes?

Espero un golpe, la puñalada con la misma navaja roñosa que exhumé de debajo de la estufa; meto la cabeza entre los hombros.

—Eso no se le hace a la mascota del barrio.

Abro los ojos. Hay una bolsa de plástico oscilando frente a mí. Cae sobre mis piernas. Escucho una risita sorda y la voz me tiende una mano:

—Alejandro. Ahí están tus cosas. Te hubiera prestado un sillón, pero mi tía no me deja —la estrecho. Busco su rostro, cada vez más desconcertado: no hay amenaza en los ojos ni en el tono, sólo ironía. Un adolescente con la mirada negra y dulce de los indios.

—Conozco a Ricardo y a Los Perros... Los *conocí*—se sienta junto a mí y me ofrece una naranjada. Me gruñe el vientre—. Para ti.

—¿Los *conociste*?

—Ricardo se fue al De Efe. Vivía en una casa de mi tía. La última vez que vino llegó con dos chavos, después de meses que se había ido para allá. Les dejó las llaves con tal de que cuidaran sus libros... Los de su biblioteca, pues. Porque Ricardo es escritor, ¿sabías?

–¿Y Los Perros?

–Ahí se juntaban a echar relajo. Un día llegaron con una chava y de ahí en delante casi nomás venían ella y el Mario; ahí estaban diario dándole al amor. Ya luego volvieron los demás con otras chavas y entonces sí, agárrate: venían *pesados*. Hubieras visto cómo dejaron la casa. Mi tía no hallaba modo de correrlos, del miedo que les tenía. Porque nunca pagaron un peso de renta, ¿sabes? Menos las rentas vencidas de Ricardo. Pero ni necesidad tuvo, porque un día nomás no volvió la chava de Mario y de ahí a una semana, ninguno. Hasta sus cosas dejaron.

No puedo despegar la vista de la bolsa. ¿Qué pasó con ellos?

–...Ya luego las vendimos... Lo que se podía vender. Los libros de Ricardo no porque es pariente, pues. Mi tía quemó lo demás echándole chorros de oraciones. Porque hubieras visto qué ondas dibujaban, y lo que escribían. Con decirte que no dejó a nadie entrar a la casa hasta que vino un padre a echarle exorcismos, antes de volverla a pintar. Y para que le saliera inquilino, hubieras visto... Con esas referencias... Pero tómate el jugo, para enseñarte algo.

Descubro el envase en mi mano, como si acabara de aparecer ahí. Bebo de prisa, impaciente por conocer su secreto. Saca una hoja doblada.

–Es algo de lo que escribía Mario. A mí se me hace padre, por más que diga mi tía –la desdobra con toda ceremonia y me la da.

Se escuchan las campanas de las seis.

Digo que amé sin saber qué padecía. Que después de saber qué era, tuve miedo y más dolor.

Digo que es más fácil besar la ciudad entera que una mujer.

Te digo, muchos años antes de conocerte y saber cómo te llamas, que estoy aquí por el mismo error y dolor que tú, y amo el suelo y el muro, y el ruido que también tú supiste como palabra primera y última maldición.

Digo que he conocido más rostros cuanto más he cerrado a fuerza los ojos, y cuando más solas son las calles.

Te digo que mi vida ha sido más dolorosa que cualquiera porque es mía, y que mi dios es más cruel que cualquiera porque tuve la osadía de verle el rostro, y era

como el mío y el de todos los hombres que odio, y el de todas las mujeres que desamé.

Digo que aprendí a amar a fuerza de violentar el terror; y de antes amar todos mis muertos.

Te digo que hasta hoy los pañuelos no habían secado más lágrimas ni sangre que las ajenas; que he sido fiel a menos ideales de los que he seguido, y menos aún de los que he respetado.

Digo que te odio porque llegarás y no tendré más remedio que legarte mi ciudad, para que sepas odiarla por parirme.

Te digo que tendrás más dudas que verdades. Que odiarás mis palabras, libros, canciones, porque no te darán respuesta alguna.

Te digo que amé sin saber qué padecía y aprendí a gozar el dolor. Sin embargo, nunca tendré más grande dolor que enseñarte mi amargura, y que no haya más.

Digo que mi sombrero te quedará grande y no te importará. Que aprenderás a jugar con la baraja y seducir mujeres que no te importan; que hablarás conmigo los idiomas del odio y sólo balbucirás los del placer, que al cabo la ciudad no pide más.

Digo que sufrirás aprendiendo a amar sin dolor, ante cada una de las madrugadas que te ofrezca la ciudad. Amarás sin palabras porque las gasté todas antes de saber su uso y razón, y no las merecerás.

Odiarás tus cigarros, vino, café, pañuelos, navaja, alcancía, boca, futuro, esperanza, nombre, callos, paredes, libros, camisa, religión, porque antes fueron míos y no dejé en ellos otra cosa que dolor.

Lo digo antes, muchos años antes de conocerte y saber cómo eres y te llamas, para que sepas cuánto te importará no haber llegado a otra parte.



4

Sólo pistas falsas (“¿verdad que está padre? Eloy volvió como un año después, igual de tocado como lo viste...”). Ni el barrio ni los conocidos de la escuela recuerdan a ninguno (“le regresé los dibujos que se le escaparon a mi tía y sabe dónde los metería...”). Quizá, remotamente, un par de detalles, gestos; algún nombre que no concuerda (“si no te hicieron mierda anoche fue porque creyeron que tú también...”): Azucena, Mario, los demás: ninguno concuerda (“mira nomás que meterte con El Tambo... Y aparte –en un susurro–, dizque es puto”). Por ahí se inmiscuyen otros: la puta era otra, Mario, un idiota (“¿dónde puedo encontrarlos?” Levanta los hombros); alguien menciona a Irma y nadie sabe más que apareció un verano y era una tonta que murió pronto (“chance en la prepa donde estaban”), y no Mario sino un amigo más idiota todavía quien tenía que ver con ella (“...hará unos tres, cuatro años...”). Todos desaparecieron poco a poco; a nadie interesa cuándo (“¿cómo se llama?” Levanta los hombros otra vez). El muerto nunca fue más que otro idiota, quizá más conocido pero demasiado cobarde para atreverse a morir de veras (“algo así como un nombre de calle...”). ¿Laura? *Nada*.

Azucena, Carlos el suicida; Mario sumido en la pasión más honda e infructuosa, no son ellos, no son los reales: son el vértigo de desaparecer. Y yo en el medio. Yo en el medio y perdiendo piso. Yo en el medio y perdiendo la semilla de mí, convertido en la misma literatura de Alejandro y Azucena, en el desquiciamiento mentiroso de Eloy, tras el vértigo de lo que Los Perros fueron o quisieron ser.

¿De dónde brotan tantos datos, entonces; de dónde los rostros y los nombres si *nada existe*?

¿Por qué me desintegro al capricho de alguien ajeno? ¿Por qué he de ser alguien que ni siquiera existe?

¿Soy yo? ¿Enloquezco de pronto, así como cambiar la página; tan sencillo como despertar con la sorpresa? No. No hay razones. Nunca las ha habido. ¿Quién, entonces, me hace esta farsa? ¿Para qué? ¿Qué ganaría?

O alguien miente. O no he sabido buscar. Quizá me equivoqué de escuela, se cambiaron los nombres; quizá están muertos de veras.

¿Y si Carlos alteró los datos? Pero ahí está Eloy, ahí está Azucena comprobándolo todo con sus actos, no importa cuánto insista en que fue distinto, «sin literatura».

¿Por qué habría de parecerme *tanto* a Mario, tener mis muertos como él, fumar los mismos cigarrillos, sufrir las mismas orfandades? ¿Por qué habría de *ser* él, convertirme en él? ¿Por qué Azucena se empeña en igualarnos?

Quizá soy mera literatura, un personaje como Los Perros y Ricardo; quizá todos lo somos: mi madre, mis hermanos, los vecinos, el editor, la ciudad, Mary. ¿Pero escritos *por quién*? ¿Quién tiene el poder supremo de jugar y juzgar sobre nuestras vidas, sobre *mi* vida, sin siquiera un poco de compasión, de coherencia? ¿Dios? ¿La Ciudad? ¿La Ciudad-Dios? ¿Hay alguien por encima de ellos? ¿Y dónde queda el albedrío de los hombres? ¿Un plumazo más?

No: ¿de dónde sacaría yo cada instante de lo vivido, por su orden si lo quiero? ¿De dónde los secretos que sólo yo conozco de mí?



¿Pero dónde buscar la ciudad? Abro el libro una vez más en busca de claves y ya no aparecen. Alejandro: Ricardo se fue al De Efe. Mary: un telegrama. Diez palabras: *Hola. Espero Mexico Cd este mes. Buscame Hotel Ensenada. Besos.*



Pora yents estranhas vais

1

Telégrafos, el Paseo, Banco de México, el café en La Parroquia, el Tacubaya; Casa de los Azulejos. Tengo el libro entre los dedos de mi mano izquierda; busco Faros en cada tienda y no he encontrado. ¿Quién es Nancy? ¿Por qué el autor me trajo para dejarme solo en Pino Suárez rumbo al Zócalo; bajando en la Guerrero para caminar a Tlatelolco; de regreso a Cien Metros subir al último camión y volver?

Recorrer el DF: en busca de Nancy Wilson y los Indios Verdes, volver entre automóviles al Zócalo, beber en la pila bautismal de Catedral, escupir las piedras que se dicen Templo Mayor. Guadalajara: *Faros en cada esquina, el quiosco de la Plaza, el Expiatorio; Federalismo entre Maestros y División, las capillas de San Miguel.*

Recuerdo a La Perra y sus uñas raspando mis vértebras, luego sus senos danzando sobre mí; la hora de silencio frente a la muerte y los sueños y los recuerdos; eso que hubiera dicho Artemio Cruz y no se le ocurrió.

Boca seca. Tiendas cerradas al paso de la manifestación; apología de buena conciencia. Policías que juegan rayuela en Argentina, en los andenes del Metro.

Sólo falta abreviar en Mary una última respuesta.



2

Levanto los ojos y encuentro los suyos, grises, pálidos, dolorosamente reales, hablándome con una ternura infinita alimentada con años de distancia a medias clausurados. Levanto los ojos y los suyos me preguntan por qué acepté verla tan de sorpresa y no he hablado de amor, y llama al mesero y es ella ahora quien pide la cuenta y me hace sentir extraño, indefenso, necesitado de ampararme en ella tan real.

Me pregunta por qué acepté venir y le contesto que para recordar, tanto tiempo hace, y me cree y siento el remordimiento de mentir; quisiera disculparme (¿con quién? ¿Con el silente James de la otra silla?), confesar que para encontrar *me*, lo que era entonces por lo menos; que huyo de una ciudad llena de fantasmas y de muertos, míos y apropiados; de mí mismo desintegrado en una ficción dolorosa; no para hablar de amor. No de éste.

Pero olvido su lengua, me embrollo, olvido que ella no entiende de todos modos. Más bien: temo que entienda de todos modos. Y la dejo hacer: habla, suspira, me mira con ternura insoportable, inculpadora; espera que le hable de amor y no tengo honestidad suficiente para sólo decir que huyo de mí, de las ficciones que me señalan (Azucena, el barrio, Carlos; mi *no soy*); y que ella, Mary la de entonces, sus ojos grises, son lo único que sobrevive más allá de los recuerdos, y por eso vine: para abreviar un poco de inocencia; estar muy lejos.

La dejo hacer y no puedo ocultar mi deslealtad; me apeno y no puedo hablar; sólo se me ocurre tomar su mano y besarla (¿te acuerdas, *Mary Jones?*), tomar su mano y usarla: sentirla sólida, tangible; besar su boca con sed de realidad y sentir, de nuevo, acechando, la traición mayor.



3

Me llamó a mediodía. Ahora estamos, callados, en una mesa del Quetzal. Se supone que El Perro duró dos meses esperándola en la puerta de la preparatoria.

Suspira de tiempo en tiempo y me mira con falsísimos ojos de inocencia, entre los zumbidos de automóvil que alcanzan el fondo del local. Apaga su Camel, con las uñas hurta un Faro de mi cajetilla. Lo ensaliva (*que me pases las pinches canalas*), lo enciende.

—Así fumaba Mario... Y así Carlos... Bueno, cuando se ponía muy, muy nervioso. Ahora están muertos... *Para mí*. Ellos me enseñaron poesía y muchas cosas, *pero están muertos*... Siempre han estado muertos.

La pregunta entre mis dedos: ¿por qué acepté verla otra vez? La Muerte sentada en mi mesa, fumando mis cigarros, fingiendo rostros y nombres, actitudes que evidentemente no son tuyas. La Perra que estuvo en celo hace una semana y me invitó a su sordidez. ¿Por qué me llamó? ¿Cuándo carajos le di mi teléfono?

—Fuiste al De Efe, ¿verdad? ¿Algún amor lejano? ¿*Transacciones internacionales*?

Gruño, esbozo un rictus, recuerdo al Perro, a Nancy Wilson (¿quién es? ¿Qué significa Telégrafos?), al Jesús crucificado en el fondo de un pozo por su propia caída. El hombre sin reloj, la mujer de los periódicos sin leer y su voluptuosa abulia: las ficciones de Carlos Castro.

—Sólo fui porque fui —murmuro. ¿Cómo se entera de mis cosas?

Apaga el cigarro. Hace escurrir la crema en el café, lanza un beso hipócrita al mesero.

—Te pareces a Mario. Eres *como él*: misterioso, altanero; dándote tu importancia. Muy... | ¿Cuál ha sido el peor momento de tu vida? — me pregunta a bocajarro con todo su veneno.

Le doy el gusto de vaciarme por el caudal de las memorias amargas:

—Mis trece años. Tantas cosas y sin tiempo para vivir ninguna. No supe cuándo me cambió la voz, cuándo murió mi abuela, cuándo comenzó a brotarme el vello. Sólo la angustia, el terror del máximo placer que se descubre. Fue el año que pensé durante una semana en suicidarme: ¿qué diferencia había entre una u otra soledad, la de mi vida o de morir? Fue entonces que me hice callado, por eso deben (deberías, *tú*, Azucena) interpretar mis claves.

Y debería confesar que, en realidad, nada ha sido tan terrible como este vacío de ahora, con el eco de una voz ficticia rondándome y hablando de seres que no *pueden* existir, aunque ella misma esté aquí, enfrente, ahorrando el café y desmenuzando un cigarro.

El peor momento de mi vida es éste, porque la sentenciosa voz de un extraño se la ha apropiado y se atreve a ser mi conciencia, a disponer mis encuentros; a ser dios omnipotente con la miseria que me habita para que esta Perra de olfato curioso me devore.

No debo devolverle la pregunta. Sé que no me gustará lo que diga, que tiene fuerza suficiente para arrastrarme, aunque sea otra mentira.

Mejor mis sueños, mi rutina; mejor mi silencio, mis propios personajes. Mejor olvidar ciertas cosas, dejarlas en paz: Ricardo Suárez, Los Perros, las vías del tren. El Zócalo como una costra bajo la costra gris de la ciudad. Pino Suárez con su torrente rastreando el polvo-sangre convocado por las calles.

Fui porque fui. Porque el autor habla de inicios, deja las amarras sueltas, la puerta abierta hacia otra ciudad. Porque necesitaba enfrentar su versión con la de todos; por conjurar esa mujer arrodillada tras el muro, al sacerdote enfrascado en veintiún palabras (*¿Son los sueños...?*) y la contrición de la mujer al lado de su sueño; a ti misma, Azucena; al último cimiento de la memoria, Mary Jones.



4

Un daguerrotipo: la mujer peinada así por única vez en su vida, el cuello inclinado, las manos juntas sobre los muslos, apenas *in el mezzo del camin*. ¿Hace cuánto? ¿Diez segundos? ¿Medio siglo? ¿Por qué veo también que no es cierto abrazar, desnudo como el autor, dentro de él, a la anciana que es envuelta por las brumas del sueño?

Azucena está muy ocupada con ella misma en la regadera. Ahora sé que es su amiga en el jacuzzi, abominando del verde, deseándolo, jugando con él. Y recuerdo: yo mismo soy como El Perro, podría ser él, convertirme en él: los mismos cafés, la misma obsesión por encontrar el lugar preciso; los mismos cigarros. Ella dice que está muerto, que el autor también... *para ella*. ¿Por qué me busca, pues? ¿Para qué ese gesto lacrimógeno y ridículo?

¿Para qué ese compararme de continuo, ese pintarse ante mí igual que ante el Mario del cuento? ¿Por qué la acepto, cuando se empeña en llevarme al mismo punto que se supone lo llevó?

Quisiera conocerlo, saber hasta dónde llega la literatura, y a la vez me asquea pensar en descubrirme como un reflejo suyo, apenas una mala copia bajo el pulso de Azucena.

La Perra. El padre que confunde el nombre de la mujer que comparte su lecho de muerte (de sueños). El daguerrotipo de una mujer que escapa y se transfigura. La capital andada con vértigo en pos de Nancy Wilson; Artemio Cruz en busca de veintiún palabras para su muerte:

¿Por qué los escritores nunca dicen lo que realmente quieren? ¿Por qué callan la historia de su último segundo, como los muertos?



Sale del baño por fin, desnuda. El cabello le tiende hilos líquidos por la espalda. Es hermosa, a pesar de todo. Tiene la belleza cruel de una muerte anticipada. Me descubre observándola y ríe agudo, me besa, empapa mi ropa con su cuerpo; hace entrar su lengua por mi boca.

–¿Cuándo vas a cansarte de ese libro? –se burla–. De perdida lee los demás textos, ¿no?

Siento frío bajo la ropa; me zafo de ella. ¿Qué decir? ¿Cómo disculpar mi obsesión por este puño de letras?

La sangre se me agolpa en los ojos, en el brazo; veo al fin su mejilla enrojecida, me confundo. No atino a más que quitarme la ropa mojada.

–¡Sí, tómame! –aúlla y de reojo la veo, ya ansiosa, con las piernas abiertas y sus manos aferradas a la cabecera. Es demasiado.

Busco ropa seca en el cajón, salgo al tendedero y la escucho maldecirme mientras me coloco prenda tras prenda bajo la luz confusa de la tarde. Vuelvo al cuarto y al paso agarro llaves y cartera; saco el libro de entre la cama y su cuerpo, tomo los cigarros y me largo sin verla, sin desear verla ni escucharla a pesar de que sus gritos me siguen a veinte centímetros de distancia: ni siquiera pensar que la percibo.



Diez cuerdas, un parque; el café oscuro, añoso, rancio a la vista.

Un daguerrotipo entresacado de las páginas. *Ora pro nobis.*
El abrazo.

Tiene razón: siempre leo las mismas historias.

El dueño y su mandil percudido esperan; un americano por favor.

Casa de los Azulejos *ora pro nobis*, Café Tacuba *ora pro nobis*, Café La Parroquia *ora pro nobis*. *Credo in Pater Deo et Nancy Wilson; credo in caris resurrectio et Sancta Mater Ecclesia; credo in Carlos Castro et Ricardo Suárez.*

Los mismos cuentos: *Los Perros*, *Pinche perra*, *La eternidad de lo cotidiano*, *El beso de Jesús*; *Telégrafos-Indios Verdes*. Y otra vez, sin que me importe nada más: tengo suficiente con los que leo, me sobra con el padre y su letanía persistente (*¿Son los sueños un espejo de la soledad, la muerte un espiral de vivencias, los recuerdos un sueño de la muerte?*); con los muros remotos de Mezquitán.

El carillón del Expiatorio: apenas las ocho. El café se enfría; el dueño intenta espantarse el sopor viendo televisión. Enciende un cigarro. ¿Qué estará haciendo Azucena? ¿Masturbándose? ¿Dándose un toque? ¿Cortándose las venas? ¿Buscando a Mario para que le muerda los pezones? ¿En el café de siempre, sentada frente a otro libre de culpa y rayando servilletas?

El tráfico se remansa. Las parejas comienzan a circular lentas y exhibicionistas por la banqueta. Convergen los homosexuales al Parque. Llega un parroquiano y saluda con toda familiaridad al dueño, que corre solícito a saludarlo.

—Buenas noches, señor Castro. ¿Qué tal su libro? ¿Un capuchino, como siempre?

Me despabilo: tendrá mi edad; asiente con sonrisas candorosas. Aviento cuatro monedas sobre la mesa.



Huir. ¿Por qué? ¿De qué? ¿A dónde carajos ir?

El parque, diez cuadras; la noche ceñida a los arbotantes y los naranjos; a su azahar casi inodoro, su cera lívida, azul casi en la casi negrura de la cuadra. Palpar las llaves: la casa: Regresarlas al bolsillo: ¿a dónde carajos ir que no existan Perros ni Azucenas; las sonrisas casi estúpidas de Carlos? No a la casa. No a Mezquitán. No en estas calles maldecidas por el tiempo.

¿A dónde que Los Perros no olisqueen los talones, que no se haya dejado algún fantasma?

Inés, Mary, Margot; la infancia: cada centímetro fue alimentado con pedazos vivos, propios y ajenos; fue

andado con el alma desollada: los trece años, los dieciocho; la anhelada independencia del hogar.

¿A dónde huir? ¿Se puede huir de uno mismo, señalado, marcado por el dolor ajeno; el propio más gratuito? ¿De qué? Del terror. De la Traición. ¿Qué traición, carajo?

El Terror de la Traición. Se huye por terror. El terror huye del Terror. ¿Cuál es la ventaja?

Cerrar los ojos. Parar un momento. Respirar a fondo dos, tres veces, manos en las rodillas, la avenida al borde de los pasos. Huir es desertar: traicionar. ¿Desertar de qué?

Una secundaria de puertas y pasillos grises; una casi niña de mirada dolorosa, de cuerpo casi etéreo, de amor irreprochable.

O una tarde interminable de palabras doloridas, paridas con el estremecimiento de un final anticipado, multiplicado de manera impredecible y sin embargo intuido, más y más incómodo en el pecho; vigoroso, feraz: una muerte, un último baile; el callar definitivo que dan las despedidas.

La Traición Mayor: traicionar la vida, al cabo inmensa, inaprehensible. ¿Cuál es la condena?

Huir de Azucena y de Los Perros; del horror agazapado en un Mezquitán imaginario; del pasado ceniciento, de calles condenadas al vacío: ¿cuál es el cabrón pecado?

Arrojar el libro (*tu lanza al infinito*): los ojos cerrados, el rostro contraído: impotencia sin llanto, dolor sin gemido: tragar el terror de una puñetera vez; permiso de correr, tropezar; no pensar, no escuchar: el derecho a borrar los sueños, morir de soledad, ahuyentar por fin la muerte agazapada, la otra Muerte: la que acecha en los adobes, la de otras soledades, las añejas, las ajenas, sueños corrompidos de sí mismas.

Huir. Dejarse desertar (traicionar) por una noche, gritar por fin, dejar las lágrimas en paz camino abajo. Dejar que el dolor anide

sobre el vientre: volver al origen, hacerse puño de nuevo en el vientre de la noche.

Entonces no había naranjos. No había naranjos ni nada; ni siquiera las palabras. Era sólo la inefable paz de no saberse, no sentirse; dejar la vida enraizar quién sabe cómo. Sólo la buena noche eterna, la noche vegetal, sin espíritu: el exilio de la vida en su semilla, sin fachadas, sin palabras; sin calles ni nombres. Sin historias. El silencio inexorable, acuático, geológico.

Entonces no había edades ni amor; ni el dolor dulce de las tardes solitarias. Ni siquiera una pregunta. No había despedidas cotidianas: no existía el cáncer de los días.



5

El departamento de María. Estoy en el sofá.
–¿Cómo te sientes? –gruño–. Desapareces y llegas como si nada después de cuatro meses.

Me lastima los oídos, le pido que se calle:

–¿Y tu marido?

–Y llegas diciendo sandez y media, que Azucena, que el libro, que la perra, drogado o sabe qué. ¿No has ido con el doctor?

–Ahora que lo dices me duele la panza; creo que tengo hambre.

–Hay pollo en la cocina.

Su voz me lastima de veras. Ayer (¿ayer?) salí después de golpear a Azucena. Gasté mi cheque en un viaje estúpido.

–¿Siquiera te has enterado de las que hemos pasado?

Sí: mi madre cayó en cama, mi padre sigue como siempre. De mis hermanos no me cuidan, que al cabo estamos grandes.

–Manuel está muy enojado conmigo por abrirte la puerta a esas horas, con tus toquidotes. Él, que no quiere meterse en problemas y menos en los tuyos.

Está frío. Que se calle, por favor. Ya perdí otro día por lo menos para sacar esa pinche traducción y Azucena amenaza con vivir a mis costillas.

El libro. Lo busco con la vista. Trago a duras penas; parece que mascara un estropajo.

–¿En qué andas metido, por Dios?

–Saludos a la familia –esquivo y la beso en la frente, mientras oteo sobre el librero, por las escaleras: nada. ¿En qué terminará la historia?



6

Soy El Perro. ¿A quién le importa? He muerto cinco veces a mis veinte años: la primera cuando fui expulsado de mi madre y mi padre decidió que había de ser Mario y no el yo mismo que esperaba; la segunda cuando tuve uso de la voz y habité por fin el mundo de las palabras, vacías, que me sepultaron en el mundo que no era mío.

Yo soy Mario, El Perro, y aprenderlo me costó morir de nuevo, ahogado en las palabras que hice mías a fuerza de ser poeta, cuando el mundo de La Palabra me dictaba otro oficio.

Nancy: he esperado mucho tiempo. He pensado al fin, a unas horas de tenerte enfrente, de escrutarte esa mirada astillada, que mejor sería mantenerte remota.

He pensado en un telegrama para ti, en una carta, para explicarte que ahora, a unas horas; en la inminencia; a pesar de setecientos kilómetros y la noche en vela, prefiero conservarte intacta; reconozco que la devoción del amigo no es tan mía; que no te amo en realidad.

Y, en realidad, ¿quién ama? ¿Tú amas? ¿Cuánto vale si no siento el peso de mis pasos, si no conoces el filo de tus ojos?

Pero han sido ya setecientos kilómetros, Nancy. Han sido doscientos pesos; ha sido ya el sacramental café en Los Azulejos: no queda más que destruirte al conocerte; destruirme un poco al arrojar esto al correo: ahí están los Indios Verdes; ahí está José con la cámara en la mano: debo decírtelo de una vez, escribirte bajo sus miradas imperiosas y esperar.

Mi cuarta muerte nació entre los dedos de Azucena. La bofetada me removió el marasmo y pude ver la hondura de mi tumba: ¿qué vale ser poeta, El Perro; ser temido si se quiere, cuando falta la mujer?

¿Para qué todo, si no se pone el juego la vida en otra vida?

Ahí estaba Carlos, fumando en la azotea y contando los parpadeos del lucero para hacerle un poema a Laura, echándome la ceniza en la cabeza: sepultándose en la muerte buena de Azucena.

Llovió toda la noche y el patio se volvió un lodazal.

Magdalena nomás se estremeció cuando levanté la cobija: todavía llovía. Era la hora del alba.

Los niños no la habían dejado dormir con sus lloridos, que llegaban hasta la Plaza. El más chico, sobre todo. Lo parió hace dos meses, cuando terminaban los fríos.

Me dijo, ahí por la media noche: «Jesús, hace mucho frío». Escuchaba su voz debajo de la lluvia, y la lluvia por dentro de mi sueño. Me dijo: «No va a hacer falta que le des agua a los animales, Jesús».

Ahora la veo contra el cielo nublado y redondo del pozo. La veo también desde las ramas del guamúchil. Se retuerce de dolor, llora con unos gritos que me harían llorar si mis ojos no estuvieran duros.

Magdalena araña el brocal del pozo y grita mi nombre. El más grandecito sale tallándose los ojos de sueño: «Se murió tu padre, José». Él no entiende esas cosas todavía. Lo abraza con muchas fuerzas y lo llena de lágrimas.

Y veo mi cuerpo, ahí, hasta abajo, con los brazos como un Cristo y la boca con el azul que no tiene el cielo, y voy subiendo, subiendo, hasta que ya no oigo los gritos de Magdalena y Cocula parece un montón de piedritas de hormiguero.

Todo el día he pensado en ti, Nancy. Toda la semana. Primero fui a Telégrafos para decirte en diez palabras que sería mejor quedarme en el Paseo, imaginarte de otro modo. Pero me sobaban dos.

Pensé en llamarte y pedirte que nos encontráramos en Teotihuacan, con José y Alejandro nomás: no me importa tanto lo que haces, no me importa el bajeo potente ni tu voz, dura por un dolor prestado: me importan tus ojos, tu mirada metálica y sin embargo profunda, como los filos de una copa estrellada. Pero no. Vine a conocerte, ya tengo mi lugar; no puedo dejarlo todo atrás y contentarme con emerger del metro para explorar la ciudad como las hormigas, con hacerme un tesoro de fragmentos.

La cuarta muerte tuvo dos agonías: primero debí matar el nombre, dejar de ser Mario, El Perro, con todo lo que de máscara tenía. Esperé por ella dispuesto a que fuera eterno esperar (Carlos me dijo que fueron dos meses), y ya cuando lo único que valía era el peso de mis huesos, me besó y me cubrió con el chal que siempre resbalaba de sus hombros.

Entonces ya no fui El Perro ni fui Mario; de mí sólo quedaba ser poeta y me dediqué a escribir en el cuerpo de Azucena. Escribí con la lengua y con las uñas, sepultándome en su piel y sus ojos, embalsamados en alcohol y duermeveras. Hasta que al fin murió el poeta.

«Hija, se lleva uno lo que más desea»: mi voz suena ajena, como de otro tiempo. Es de otro tiempo. Todos los tiempos se han fundido, hija. La tibieza de todos los cuerpos se ha fundido.

¿Recuerdas, Juana, cuando te dije «desear los cuerpos es otra forma del amor»? Yo deseé tu cuerpo, María. Ahora su calor y su turgencia están fundidos en el mío, Ester. Todos los cuerpos se han fundido en mi aliento que claudica.

Todos los tiempos son un mismo instante, hija. Sólo me queda contestar esa vieja pregunta aunque no sirva de nada; aunque la respuesta no te consuele de mi muerte ni pueda susurrártela en el confesonario.

Sólo quítame esta mosca ávida de mi aliento podrido, Isabel. No es digno desprenderme con asco de mi envoltura carnal.

Ésta es mi quinta muerte. La definitiva tendrá poco que quitarme. ¿A quién le importa sino a mí? Murió todo lo que de mí quedaba en el vientre de Azucena y fui sólo uno con ella. Hasta que «su cerebro estalló en millones de astillas», como dice Carlos.

El desengaño la mató. De nada sirve que él lo niegue frente a la tumba, en este instante detenido.

Bordoneo la guitarra sólo en espera de que él se decida a morir de veras: espero el pago justo, aunque a nadie beneficie. Cree que no he visto brillar la aguja. Cree que yo no sé, que cuanto escribe en mi cuaderno será una sorpresa. Pero mis cuatro muertes anteriores me han enseñado a ver lo más hondo de los otros, lo más podrido de sus temores: él morirá creyendo que no hay peor traición que a los amigos, que no tiene mejor amigo que sí mismo, que sus sentimientos postergados.

Ésta es mi quinta muerte. Lo que de mí quedaba lo llevan las hormigas con el cuerpo de Azucena, tres metros bajo la losa.

El Perro con su cabello al hombro y agitado; buscar a Nancy; esperar por Azucena a la puerta de la escuela. Ser señalado en el fondo de un pozo.

El sudor viscoso de quien viaja, puntual, pegado al cuello: el sudor de los cadáveres, recientes o prófugos del salto: *Hay preguntas que no deben prosperar.*



E por Burgos entróve

1

Pudiste encoger los hombros. Pudiste olvidar su aspecto gris, sus breves chupetes a la menta. Sin embargo, has cerrado la puerta tras de ti con el recuerdo persistente de Margot y te empeñas en hacer memoria de ella:

Murió leyendo libros de éstos; la conocí con uno entre las manos. Tenía ojos felinos color miel y una cadera que soñé fielmente una sola vez. Nunca la besé. Nunca la toqué. Cuando mucho tomaba sus dedos como sin permiso, deseoso de besarlos, y los soltaba antes que notara mi agitación.

Porque ella (ella-otra, ella-Azucena) es lo primero que viste al entrar, tirada en el sillón y absorta en un libro de metafísica, apenas vestida con una playera y un pantalón de piyama tuyos.

Éramos demasiado jóvenes. Éramos demasiado cautos. Y el tiempo hizo mientras tanto: murió leyendo metafísica y sin saber nada, sin que yo hiciera caso a la agenda abierta en su nombre unos días antes.

Llegas sin el libro y queriendo vomitar el pollo frío; Azucena sólo lee metafísica y muerde su barra de menta. Buscas en sus ojos perdidos una explicación por la botella de tinto en el comedor y la carta imprevista de Estados Unidos, violada por ella: nada. No te mira, no dice nada.

Margot leía libros de éstos y siempre se metía en asuntos ajenos. Cambió su nombre para que estuviera a tono con

su nariz respingada y adolescente. Azucena tampoco se llama así, pero le va bien.

No importa su nombre, ni siquiera ella misma. Lo que importa es *eso* que te estorba, te trasmuta, te perturba; que te impide olvidar el pollo frío en casa de María, cambiar ese recuerdo de Margot por los otros, los felices, los de una ciudad perfumada de jazmín y azahar; eso que te obliga a tragar la náusea con buches de cerveza antes de desempolvar la enésima cuartilla y sentarte a trabajar: no escuchar más que el ruido del teclado, no el eco (la tristeza) de ese nombre: sólo ocuparte en llevar párrafos de una a otra lengua, del libro al legajo: ignorar que te desespera el silencio de La Perra, el estribillo de las canciones (*welcome to the Hotel*), el de tu cabeza: memoria de Margot bajo la losa:

Murió sin saber nada; nada de nada. Sus libros nunca le dijeron qué eran la soledad ni la muerte ni la memoria. Mi memoria (last thing I remember): sueño de su muerte: tardes cada tercer día, caminatas por sus calles (headed for the door): mis sueños: soledad, compañía estéril de la muerte: to find the passage back

to the place I was before: que Azucena lea su libro de metafísica (Padre, ¿usted se ama?), que el trago te sepa a palmolive: al cabo se lleva uno lo que más desea:

¿Su soledad irredenta? ¿El silencio entre las sienas?

Come together. Enciende un cigarro.

¿Y ella-otra, Azucena? ¿Su legión de Perros, coitos desesperados y dolorosos? ¿Cajetillas de Camel con un cigarro metido filtro abajo y el árabe desnudo; un par de condones para impresionar? Morbo pueril de bachiller; poemas en la pared, el Mario de un cuento finiquitado; pezones ofrecidos a los dientes: orgasmo mal fingido, teatral como todos sus actos: personaje empeñado en repetirse.



Enciendes un cigarro y observas la cajetilla a la luz de la lámpara. Ella gime y suspira en sueños junto a ti. Mañana (¿hoy?) debes entregar la traducción, recuerdas: faltan veinte páginas. Antes de las seis.

No ha dicho una palabra, sólo lee. Margot tampoco decía nada, nada que valiera la pena: sólo leía y rumiaba frases. Yo tampoco he dicho nada. No dije nada. Sólo he leído y releído las mismas historias, me las repito de memoria: rumío los mismos recuerdos, los mismos pasajes; los mismos sueños:

Así que mejor conectas la lámpara junto a la máquina; mueves los hombros y aspiras el relente de la noche. Relees,

una casa en Mezquitán, personajes: la mujer del jacuzzi jugando solitarios, un daguerrotipo.

tecleas de nuevo; teclearás hasta el alba: hasta sentir su frío. Entonces buscarás un suéter en el ropero, una cobija al pie de la cama; algo qué comer:

El Artemio Cruz de otro Carlos vomitando sus excrementos, ahogándose en su propia muerte sin tiempo para decir que los sueños, la muerte, los recuerdos, son lo mismo: espejo de la soledad, espiral de vivencias encalladas:

galletas, jugo de naranja (*para tí*): una comezón estomacal que insiste en recordarte algo:

La Traición Mayor: traicionar la vida, negar el tiempo, el movimiento: encontrar la desolación del origen perseguido: amar sin saber qué padecía: el suelo y el muro, los muertos que se es: infancia, adolescencia; soledad bajo independencia conseguida; rostros: hombres, mujeres, el espejo, el misterio de Dios: palabra embalsamada: cigarros, vino, café, pañuelos, boca, futuro, esperanza: nombres: religión:

Encontrar todo apropiado, desgastado, y heredarlo: el ruido que también tú supiste, amar los muertos que te han hecho (has hecho) y legado una imagen de ti, muerta, amarga, palabra primera, única respuesta a punto siempre de resquebrajarse, última maldición.



Teclearás fuerte, encenderás el radio; resollarás para no escucharte, sepultar esas veintiún palabras, un conjuro: otra única respuesta ahora atroz, desierta: arrojarte al infinito:

No de nuevo, no ahora; no el salto.

Mejor negar el silencio del alba para inventarte otro tras las sienes; mejor Margot, su metafísica; olor a comida de vecinos; releer el legajo, anotar últimas correcciones, escuchar a Azucena que bosteza y arrastra los pies camino al baño; dormir de siete a tres con el radio encendido.



2

Indios Verdes, La Merced, Telégrafos, periódicos sin leer. El Zócalo cicatriz enorme; José de Molina sobre el costado más nublado; noche perpetua en los túneles del Metro. Manifestaciones, sabor a sangre en Tlatelolco, a metal en los Cien Metros. Regusto a orines tras las escaleras; asfalto, prisa, apretura, el golpe; bofetada de aire en el Wings del Ensenada. No: de ver un rostro enajenado por los años.

Sólo un año estuve ahí, Inés, el mismo que te di clases. Yo era el maestro más joven y era difícil tomarme en serio, ¿recuerdas?

Eras la única por la que hubiera dado una mano en esa escuela de patios y salones grises. Siempre me esperabas hasta que salían las demás, ¿te acuerdas? Tres días a la semana: lunes miércoles viernes. Eras muy seria. Casi parecías enferma, belleza lánguida de enamorada: tu belleza de cada tercer día.

Cada tercer día, con puntualidad religiosa. ¿Por qué había de ser tan triste, Margot? ¿Por qué tenía que recordarte sólo por una casualidad exacta, aunque te soñaba, aunque te quisiera de veras?

Era terrible, Margot. Entonces creía que era el figoneo de tus hermanos, tus papás siempre a media cuadra. Y mira: el mal día que te encontré en la cama, pálida, con un valium adentro y tanto rencor ardiéndote en el vientre, ¿dónde carajos estaban?

¿Lo acompaño a la parada, maestro? ¿Qué opina usted del libro sutano? ¿Y del mengano? ¿Por qué Raskolnikoff? O Jaime Ceballos o Remedios; o Carlitos, Juan Preciado, Demian. Dios mío, demasiado para quince años, demasiadas preguntas, Inés.

Demasiadas preguntas: ¿dónde carajos estaban ese día? ¿Dónde carajos yo, si la inquietud de *algo* (*algo*: desgracia intuida, escrita en tu frente, por fin germinada) en mis sueños de ti me levantó con sabor a sangre en la boca? ¿Por qué había de ser esa noche que soñé fielmente tus ojos y tu cadera, tu voz, todo lo que solía escapar? ¿Por qué carajos habías de confiar más en tus libros que en nosotros, los de amarga carne y amargo hueso pero hueso y carne al fin? ¿Por qué estaba en el Corona cuando el radio dio indicio claro del final, el verdadero final, para quedarme tu tristeza como herencia?

¿Por qué da clases, maestro? Y te mordiste el labio al verme ensombrecido. ¿Podemos llevarlo? Hoy me recoge mi papá, te apresurante. Y él, encogido sobre el volante del taxi: ¿Cómo se ha portado mi hija?, tu mamá en el asiento derecho, muy guapa a sus cuarenta; tú a mi lado, viéndome con otra ansiedad, más honda que la suya.

Siempre quise pagarle el viaje a tu papá, ¿recuerdas? Era un asunto de ética, Inés. Por eso me hacía acompañar de Gabriel, el de civismo, ¿lo recuerdas? Pero también de *estética*: aceptar el viaje como un favor hubiera roto el cristal que nos permitía contemplarnos sin herirnos.

Por eso hice tantas cosas después, Margot: cerrar los ojos sobre la desnudez de Mary para imaginar que eras tú, y te tocaba con toda mi ternura para no abrir esas heridas recientes; por eso entré a una escuela particular de señoritas: para buscar tu rostro ileso, el de antes, el vivo de veras; para convencerme de que no era cierto, que Margaritas hay muchas en el mundo, que el radio era una pista falsa y estarías por ahí, ocultándote de un pasado que ya no estaba pero hería. Y por eso la busqué en esa

ciudad-infierno de soledad: para recuperar lo que dejé de ti en ella, la esperanza, la fe de entonces.

Tardé en entender la hondura de tu dolor, Inés. Por eso nunca me dejaste anónimos, ¿verdad? Eras muy seria; era algo muy serio deveras: hubieras sido capaz de todo si me doy por enterado, ¿verdad?

Carta imprevista de Estados Unidos, sacrilegada de nuevo mientras abrazas la tibieza de esa mujer tan esperada: ternura sepultada por años de memoria.

Tantos años, Margot. ¿Qué tantos son tres años?, preguntas con esa sonrisa de quien consume su deseo. Son muchos, Inés, son demasiados cuando no tienes otra cosa que memoria, que la esperanza obstinada. Son demasiados, pesan tanto como tu regreso, éste que no merezco aunque me humille ante tu rostro impoluto; aunque pudiera borrar la nostalgia besándote los pies.

Mary Jones en el remitente, Texas; su letra redonda. Y abres los ojos, húmedos, ansiosos de esa espalda junto a tu sueño. Te sientas en la cama, sacudes la cabeza; caminas hasta la máquina para pensar en otra cosa: organizas cuartillas con la tristeza de los sueños terminados, borras anotaciones con la desilusión necia en brotarte por los ojos.

Y así entrarás al baño para enjuagarte el desconcierto; reconocerás tus facciones cuando el rastrillo borre del espejo cualquier rastro de Margot, Carlos Castro, Mary o Azucena: no ha dicho nada, cavilarás. No se ha ido ni me ha buscado con las piernas abiertas. Recordarás que te esperan cuando sientas el olor a sándwich tostado en la cocina. Sólo lee su libro, de nuevo con los talones arriba del sillón.

Tomarás una cosa y otra del refrigerador cuando se levante al fin para descorchar la botella; te servirás medio vaso de tinto para tragar el bocado. Mi nombre en el destinatario, acotarás al ver la carta sobre la mesa. Tomarás el sobre con la punta de los dedos, escrutará

otra vez sus ojos sin que logres alterar su silencio. Son | las cuatro, dirá Señal Noventa, se te harán presentes las cuartillas amontonadas y el dinero por recibir. No la incrimino ni culpo pero tampoco justifico nada, te dirás sorprendido: casi la miro por costumbre. Y meterás carta y cuartillas a una carpeta, la cartera en el bolsillo. Te asaltará el recuerdo de un rostro (un par de rostros) recién soñado, deambularás por el barrio; observarás las calles con cuidado, reconocerás las fachadas bajo la última pintura (¿Hace cuánto?); las ancianas, las campanas de la parroquia, con una pregunta queriendo prosperar entre tus dedos:



3

¿Hace cuánto? ¿Cuándo supiste de ella por última vez?

Me encontró en la cafetería de la Facultad. ¿Todavía está estudiando, maestro?, preguntó asombrada. Ya estaba en preparatoria: el profesor de Aprendizaje y Desarrollo les pidió el perfil de alguna carrera que les interesara: ¿Sabe? Yo también quiero estudiar Filosofía y Letras. Sus ojos lo decían muy claro: *por usted*. Lo decían muy claro pero yo no estaba para entender, por más que nuestras miradas se escrutaran con esa insistencia. Se abochornó y volteó para otro lado. Entonces tuve un atisbo de por qué tantas preguntas, tanta aprehensión, y el miedo a involucrarme para que alguien más muriera entre mis manos me hizo decir la sandez de siempre con más amargura que nunca: Son cosas *diferentes*, para empezar. Y si quieres un buen consejo, búscale *por otro lado*. No quiero que te decepciones como yo. Te queda lo más largo de la prepa, Inés: ya verás cómo cambian las cosas. Y, en realidad, ¿de qué hablaba yo? ¿De la carrera? ¿De mí? ¿De qué hablaba ella? Entonces supe de qué, me di cuenta de cuánta hondura había, que su enamoramiento era mucho más, más que mi temor: y por temor la destruí. Destruí mi oportunidad de saldar deudas con un pasado que al cabo fue hermoso; el miedo me hizo caer en lo que más temía: matarla entre mis manos, sellar la lápida sobre Margot.

Y nunca más. Hasta que alguien (¿sus compañeras? ¿Su padre, una de esas noches que me quedé sin camión?) me dijo que desertó de la preparatoria; que ahora estudiaba enfermería y su rostro pálido se había vuelto transparente por las noches de guardia voluntaria, en el hospital donde nacieron los gemelos de María.

Y sientes las miradas de algunos transeúntes sigilosos, detenidas sobre la banca del Francisco Zarco en que aprietas los párpados para retener tres lágrimas. Las sientes recorrer el legajo junto a ti,

el corte de tu saco, el cabello mesado; fijas en preguntar qué haces a esta hora en un parque. Un borracho, escuchas el susurro cascado de una anciana. Vámonos; casi sientes el jalón al nieto y sabes – ahora lo sabes– que se ha vuelto sospechoso exhibir el dolor.



4

El campanario del Expiatorio da las cinco y piensas (¿murmuras?) me compraré un reloj. Te alisas el pelo, limpias tu rostro, carraspeas. ¿Qué ha hecho a Azucena cerrar la boca por dos días? – inquieres mientras esperas el camión–. ¿El golpe? ¿La metafísica? ¿La carta? ¿Qué puede decir Mary que sea *tan importante*? Y, después de todo, ¿qué le importa?

Qué importa todo, carajo; soledad o no soledad en la casa, una vagina diferente cada vez o la misma por quince días. Carlos Fuentes, Carlos Castro; Mario o Eloy o Azucena; el rostro que expurgo en el espejo.

Divagas demasiado, te cuentas las mismas historias, rumias los mismos nombres sin quitar la literatura. ¿Para qué si nada importa? Pero insistes, aunque lo tengas más que claro.

Y así abordas el camión y escoges asiento en la casi soledad de la tarde; sacas la carta de Mary, su letra redonda, las estampillas: dos, tres, cuatro hojas, una fotografía, un mechón pegado con cinta. Con la misma contumacia buscas el *dear* del comienzo y escuchas (lees) su voz entre sudores y jadeos recién finitos, mientras Margot se dedicaba a morir: por qué no volvería (lejana, hueca, español dentado), Otra vez mí escribe muy tarde, *mi padre dicie yo no buena*, perdona tú tardancia, *dicie no paga viajes más 'cause yo hago but nothing*, conocé un chico de Guanajuato mí contó muchos cosas, *que University sólo pretexto yo voy putear*, vinió por investigación un maestro suyo dejaba.

Conoces algo más de su familia, su casa, otro episodio de los Kilderson; reconoces su olor en tus sábanas; nice to see you James (fuck off); algo sobre un viaje a España contra viento y marea.

Así te encuentra el bache de aviso, con tiempo apenas para detener la carpeta entre las piernas y echar la carta (Texas, timbres; James, mechón) entre la carátula y el prólogo del (ahora) *Manual práctico*; trastabillar hacia la puerta, descubrirte mareado otra vez (Azucena: buscando *algo* entre líneas, oliendo la fotografía, el mechón, la tinta); timbrar, bajar sobre la marcha, tropezarte con tus propios pies.

Entonces respiras, haces por olvidar esa voz que estalla y grita viva méxicou en el Corona cualquier día de hace dos, tres veranos, antes de enfrentar al editor.



—Qué bueno que lo veo —¿qué no me esperaba?—. Tenemos otro *encarguito* para usted... Nomás que ahora se trata de un *librito* en español. ¿Qué me dice? ¿Se lo avienta? Con eso de que usted anduvo en *las bellas letras*... Es *literatura*. Y urge, porque llevamos comisión *en dólares*: estos gringos lo quieren *en dos semanas*. No me pregunte por qué, si al autor nadie lo conoce —¿cuándo he traducido a *alguien* conocido?—. Hay un extra, ¿eh? Y acuérdesese: *en dólares, pe-ro-no-más-hay-dos-se-ma-nas*. Ah, y a ver cuándo me presenta a su *mujercita*.

Imbécil. ¿Cómo chingados se entera de mis cosas? Le digo (creo decir) que acepto, voy con su secretaria y firmo la póliza entre olores de tinta y rumores de prensa. Se me acerca por detrás y le ordena que gire el cheque de anticipo, creyéndose muy amable porque me pone la mano sudorosa sobre el hombro. Guiña el ojo (*hay un extra, ¿eh?*) y la deja tecleando en su I Be Eme de esferita.



Se desocupa un lugar y te sientas con intención de darle una hojeada al libro: pequeño, de pastas blandas. *Manual del recién adulto*. Luis Villagómez. *Literatura*, sonrías... Será superación personal, es lo más culto que conoce el editor. *Manual*. No lo imagino en inglés. Trabajo urgente, un extra. ¿Será para tanto? Seguro que Azucena lo querrá

leer de cabo a rabo, sentencias. Pero de cualquier manera –te dices– es mejor que Carlos Castro y sus telégrafos, calles del De Efe y mujeres que aparecen en la cama de uno.

Mary. Igual que sus cartas anteriores: sólo me hace recordar la muerte de Margot, los actos irredentos de entonces.

Te ahogas. ¿Cómo pueden cambiar tanto las cosas en una hora? No sabes a qué altura va el camión. Te deslizas a empujones hacia la puerta, compermiso compermisito; te repegas a una secretaria por alcanzar el timbre; te mira enojada, perdón; a empujones hasta tocar tierra firme y respirar.

Después nueve diez cuadras, las reconoces una a una, puerta a puerta, bajo el crepúsculo y los focos que comienzan a encenderse: quicios, raíces, naranjos, ancianas.

Mary no conoció esto. Todo era demasiado nuevo entonces: otras calles, diferentes hombres; algo así como precursores. Jacarandas en Libertad, fresnos en Colonias; las banquetas del barrio áridas de azahar; los alamillos inofensivos todavía.

República Argentina de adoquín, sin Porrúa, sin limoneros. Meteoritos en equilibrio tras una reja; muros tiznados, consignas sólo posibles en Poniatowska. Cortinas de acero en fachadas neoclásicas; un mercado anónimo frente a un paso a desnivel. Reforma flanqueado por las mamparas de la restauración; buscar un cigarro y encontrar vacía la cajetilla, la garganta seca, en busca de Indios Verdes y Nancy Wilson; prófugo de marchas y José de Molina; arrastrado a Tlatelolco, besando piedras de pirámide, losas de cemento

Maldito Carlos, maldita nostalgia, maldita Azucena, escupes. Compras otra cajetilla, fumas furioso, caminas lento; saltas las raíces de alamillo: *maldita memoria, maldito yo. Y yo...*



5

Dejas el libro junto a un recibo recién venido. Total Eclipse of the Heart: Señal Noventa, supongo. Lava trastes con dejadez. No dice nada. Sólo enjabona y enjuaga, enjabona y enjuaga; abre y cierra llaves. La ves triste, entediada. Casi me enternece. ¿Por qué está muerta? Tampoco ella puede quitar la literatura.

Arroja un vaso contra el suelo. Escuchas: tintineo contra las paredes. Te desabotonas la camisa rumbo al cuarto, buscas las sandalias bajo la cama: ella debe traerlas. Sábanas percutidas. Hace rechinar los vidrios sobre el recogedor. Cartera y monedas al buró. Pero no dice nada. Arrastra los pies hacia la sala; cruje el sillón.

La tarde en el café, quieto ante veintiún palabras; cigarro solo en el cenicero.

El De Efe en busca de ficciones; segunda noche de vagina lacerante. Desandar Mezquitán.

Practical Handbooks. Madrugada. Mary rectángulo de papel: ojos entrecerrados, árboles detrás. María estrujándose las manos. Un par de cheques.

Te enternece imaginarla frente a la carta: ¿frustada, celosa, desconcertada? Golpea el asiento con los puños: La Perra. Mi Perra: sólo la escucho hacer.

Mañana: iré al banco, cambiaré los cheques, pagaré el teléfono, iré a Gigante. Hoy: Señal Noventa, rutina de vecinos. Divertirte con el polvo del suelo y enternecerte: emperrados en el silencio, la metafísica, la memoria. ¿Cómo describiría Castro esta escena?

—Ya —rompe el encanto—. Sin ese maldito libro no eres nadie, es lo único que te importa.

No me quiero preguntar nada: *enciendes un cigarro, te recuestas; observas las estrías del papel. Sonríes: deambula por la sala.*

–Te importan madre los demás –¿eh? *Apaga el radio y jalonea ropa en el tendedero.*

–¿Cuándo te has preguntado lo que sienten los demás? –hipa–. ¿Siquiera tienes idea del daño que le haces a todos con tu egoísmo, *niño bonito*? Y esa chica tan *tonta* que todavía te manda cartas de amor, y tú que *ni te enteras*. Bien se nota que no sabe la clase de *cerdo* que eres. ¿O qué? ¿La impresionaste con tus poses de *intelectual*? –¿?– *Monstruo*, eso eres. Te valen *madre* los sentimientos de los demás, *el cariño* que te tienen; no estás dispuesto a *corresponder* con nada; crees que nomás por ser tú tienes derecho a todo –agarra aire–... Te valgo madre, ¿verdad? Por eso no me contestas. Nomás te sirvo para *gozarme* como si fuera cualquier *puta*, ¿verdad? No te importa lo que yo pueda sentir, lo que pueda sentir *por tí*: no eres más que un *niño mimado*; un idolito de ti mismo: *eres / igual / que Mario*.

El calosfrío te recorre la espalda. No: el mazazo del desconcierto: igual que Mario. Puta | madre. Nadie te trajo a huevo ni te invitó a meterte en mis cosas, murmuras. Me jodes la vida, te comes mi lana, me sorbes en tus ficciones. Me jodes, me partes la madre, me quieres hacer tu pinche Perro para arruinarme la vida como a ellos, quisieras decirle. La escuchas vomitar de coraje y estallas:

–¿Quién eres tú para juzgarme, eh? ¿Qué sabes de mí, de «mis sentimientos», de lo que yo pueda tener? ¿Qué sabes tú lo que hay entre Mary y yo, que ni te importa? ¿O qué te crees tan *chingona* como para saber todo de mí, si no tienes ni cinco días aquí? ¿Quién te trajo a fuerzas, a ver? ¿Cuándo te invité a meterte en *mis* asuntos? Como una puta... Y vaya que me cuestas, para el caso. Nomás que sin las ventajas, *mi amor*... «Eres como Mario»... ¿No has querido eso desde el principio? ¿O de qué se trata el pinche juego?

Y escuchas: el eco de tu voz, sus arcadas, la ves: Atrás. Detrás de mis ojos la pared el baño estrellando el vaso, por un dolor que no es suyo

en el piso

y no es suyo porque yo estuve ahí y sufrí cuando era tiempo (el tiempo) y ella no era todavía. No, no era, porque yo sufrí con ella-otra, ella-carta, ella-dolor, dentro

*y la veo, detrás, detrás de mi espalda, llorando un dolor que no es suyo pero es ella porque también sabe, aunque supo hasta hoy que su herida es más vieja y más grande – la hizo más grande– y aprieta los labios los párpados mientras oye reventar el vidrio astillas su pantorrilla, y yo callando, callando, porque sé que sí sufre aunque no tiene derecho, no tiene porque me hiere me hirió me hiere
no a este dolor que es mío y de ella-otra, ella-
asombro, ella-silencio, Ella-Lejos, que sí supo y sin embargo no detuvo el mundo cuando podía.*

*Y ya no llegan más palabras: estalla hacia adentro. Y sabes: no vendrá al cuarto hasta que me salga. Que se joda. Apagas el cigarro entre las colillas de ayer: Camel, Faros. Que se joda esa vagina tan cara: ensucia mi ropa, me quita mi música, espanta mi soledad. Se fuma se come se bebe mi dinero. Cruzas los brazos temblorosos tras la cabeza, espiras para desahogarte: Vete a la chingada, pues. La nada y la muerte. Vaya manera de madrearse a uno la vida. Vete a buscar otro imbécil que esté leyendo *Los Perros*, murmuras para que te oiga: Ándale, ahí están los cafés.*

Te irrita su reiniciado golpear de cosas. Te encierras en el baño. Orino, defeco, me saco los mocos: ¿a quién le importa? Jalo el papel, gasto mi agua, lavo mis manos, mi cara, no la de un Perro ni Carlos ni Mario; me gozo de mí, asesino de sueños, decepción de mi padre, traductor de manuales; el verdugo de Mary, terror de mi hermana, el mamón de la cuadra.

Y escuchas: está vaciando cajones.



6

Camino mi ciudad. Sobre el rastro casi añejo de Margot, la piel y ojos grises de Mary. Agarrado a la falda de mi madre para no ser devorado por las piedras inmensas, el hombre que canta destemplado: ojos sumidos, jícara en mano (*toma, dale al señor*. Alargarme cuanto podía sin soltarla –mi abuela: *pórtate bien o te va a llevar*–, mirar con todo mi pasmo las cuencas negras, sonar el peso de Morelos, el diez de Hidalgo y replegarme). En hombros de mi padre frente a Catedral, temeroso, anhelante de las ametralladoras negras, pulidas, de la infantería; escuchando hélices de Pilatos a un kilómetro de la cabeza; *La Dragona*. Entre mis tíos, viendo el castillo y el torito cuando el Sagrado Corazón o el Sábado de Gloria; oliendo pólvora de colores, levantado en peso para seguir el juego de los buscapiés. Entrando al Santuario de rodillas el Doce de Diciembre.

Mi ciudad. La que no se derrumba ni estalla desde adentro: talleres en el ex Convento, Verne, Mafalda, Charly Brown. Margot no nació aquí. Temía los muros de adobe, las bardas del Panteón de Belén y de Mezquitán.

A Mary le mostré las ruinas de *mi* ciudad, la obligué a ignorar los edificios de Chapultepec y Vallarta, a ver los zócalos sobre los que se levantaron. Le mostré las ruinas de San Pedro, la casa donde casi nació mi madre.

Caminas por tu ciudad, sobre sus restos. Comparas con la tarde en el De Efe, superposición de historias: cielo tinto sobre el Valle; tocones de escenografías que hicieron la niñez, las de besar a Mary entre los senos, de vagar por el duelo de Margot.

Recorro mi ciudad descalzo, desnudo. Siento la ciudad que boquea, agoniza, revive en los niños hechos para ella, sus avenidas, la costra de cemento frente al Expiatorio, no árboles ni Cuauhtémoc ni tráfico por Madero.

In Gott sie Ruht: epígrafe de *Los Perros* y Mario y Carlos Castro y Azucena, de los dibujos que no conoció Ricardo en las paredes de su casa: epitafio de pasados que no deben estar aquí: duelo de Margot, coito con Mary: un mismo signo para cautela y sacrificio. *Recapitular:* portazo, cajones abriendo y cerrando, llave aventada, vaso estrellado: sin ese libro no eres nadie. ¿A quién le importa?

Me quitó mi ciudad por dos semanas, troté con la lengua entre los dientes por otra, atroz, como el De Efe de esa tarde; toda la ciudad como Tlatelolco, la Romita; el Batán, Mezquitán sin Ricardo.

Ella vive *esa* ciudad, celo perpetuo en el bar de un Sanborns, en moteles de López Mateos, coches junto a las vías: ciudad parida por sí misma, la mía, la de mis ojos cerrados y tardes de temporal, flores en las banquetas de Libertad; los cafés en Juárez: Gardel, Madrid; el Oratorio, el camellón de Federalismo; Parque Revolución: Recupero mi ciudad. La Perra me contó otra historia, me plantó en la no-ciudad de los muertos (Jesús en el pozo, la mujer del daguerrotipo, un padre bocabajo, Los Perros), sin permiso de semáforos ni charcos ni Pedro Moreno.

Me emancipo del autor. Puedo burlarme de él, de sus personajes que aparecen hechos carne, uña, cabello, en la frontera mesa del café.

Sin embargo, no dejarás de temer que reaparezca La Perra, Mezquitán sin Ricardo ni Los Perros; Artemio Cruz resucitando en el sueño de un sacerdote que es sueño de un Carlos de mi edad, escribiendo a destiempo el dictado de Calderón para Segismundo:

¿Son los sueños un espejo de la soledad, la muerte un espiral de vivencias, los recuerdos un sueño de la muerte?



Epílogo

Encendió la computadora, revisó una vez más lo hecho, y al no estar seguro de que fuera bueno, fue a la sala, tomó la Biblia siempre abierta por la mitad (*Eclesiastés* 3) y buscó un buen epígrafe que encabezara el último acto de destrucción, el que destruiría también el monumento de ruinas que había hecho de su novela. Se titularía «Algunas aclaraciones innecesarias», como escribió en el borrador de su cuaderno un par de meses atrás, cuando las ruinas (tres o cuatro juegos impresos, tres o cuatro veces revisados) se volvieron nudo ciego por culpa de Marsé. Buscó en el *Génesis*, en los últimos versículos del capítulo primero, y al convencerse de que era inútil escribió: *Muy apreciable y sufrido(a) lector(a)*:

Así comenzó. Inmediatamente después afirmó que el intento de trasladar sus inquietudes a una novela, con las características formales y de profundidad que pretendía, fue una temeridad, pues carecía de las cualidades del narrador nato y su formación no alcanzaba ni por asomo para urdir una historia capaz de tocar las fibras más profundas (que no las más sensibles) de su lector(a) no sólo sin hacerlo(a) bostezar, sino invitándolo(a) «a abrir los ojos al mundo de otra manera: al mundo interior que pocas veces nos damos tiempo de desempolvar, y el otro, el que nos hemos acostumbrado a recorrer sin desviar la mirada».

Y continuó: «Más aún desde que intenté, arteramente, echarle un lazo presentándote los cuentos de mi amigo a través de una novela. Vaya tontería», escribió, «qué amago de soberbia querer enmendarle la plana a Borges, ese maestro de la brevedad –recordarás que contaba novelas en sus cuentos– y el silogismo».

Revisó el par de párrafos que había escrito, aspiró y volvió a teclear. «Ahora, cuando es irremediable», tecléo pensando en que la

novela llegara a publicarse y conocerse, le avergonzaba haber obligado a alguien a leerla. «Pero circunstancias poderosas –las del honor– lo determinaron», agregó. ¿Qué más podía hacer –se disculpó– después de «usufructar un dinero digno de mejor destinatario» que llegar al final de un compromiso y exhibir el «calamitoso resultado» para que sirviera de escarmiento a él y otros escritores? Y a los miembros del jurado, pensó, pero consideró prudente borrar esa alusión. «¿Qué más, después de poner a prueba la paciencia de Jorge Esquinca durante el año sufrió la penuria de asesorarme?» En realidad quiso escribir *capacidad de lectura crítica*, pero desechó la idea porque no encontró manera de redactarla; además de que sí confiaba en ella.

En ese momento entró su esposa al cuarto, el estudio más o menos improvisado que describió con detalles precisos cuando –recordó– redactaba, frente a la misma Lánix obsoleta, el proyecto que entregó por triplicado en el Hospicio Cabañas haría trece meses. Estela revisó los párrafos, detectó erratas, dijo «ahora es más... *creíble*»; novelesco, corrigió él, y volvió a la sala, donde esperaba su suegra para continuar discutiendo cómo resolverían los problemas de reunir en Nochebuena a los tíos del escritor en casa de Martín, el único de ellos que había logrado un puesto de comandante en la Policía Auxiliar, carrera universitaria y familia estable, ventajas por demás suficientes para distanciarlo de los otros, quienes de un modo u otro arrastraban el complejo de nunca haber salido dignamente del barbecho, condición que, por lo demás, el escritor consideraba más sensata que la propia.

Ya que Estela dio el visto bueno a las últimas líneas no sin cierta socarronería, grabó el archivo (*|libros|perros|meaculpa.wri*). En plan de sincerarse con su lector(a), esgrimió en su descargo que el voto de confianza otorgado a su intento de novela (haría trece meses, todavía proyecto) fue un acicate insoslayable para saldar de una vez cierta deuda personal con los géneros mayores –los que, ahora decía saber, le quedaban grandes– y otra, más sensible: con una etapa de su vida, dijo, «viaje y crisol aunque sin héroe ni santo algunos» que sólo podía clausurar transfiriéndola fuera de sí, a alguien capaz de sufrir la enajenación y el anonimato –explicó– «que, si al cabo me dieron horizonte, me cobraron con heridas irrestañables». Por eso decidió crear un personaje –un poco como él, otro tanto como todos, escribió entre guiones– anónimo y ajeno, antes que endosarle esa gravosa cuenta a su «querido(a) lector(a)».

Quitó el siamés del escritorio antes que manoteara sobre el teclado, insertó un *dingbat* y pensó: «Si no te rompo las patas es nomás por el cariño que te tiene mi madre, pinche Enano». Grabó de nuevo (Alt A) y encendió un cigarro, mientras pensaba qué carajos escribiría después.



«Ésta es, pues, la historia de un héroe –si los hay en nuestros días– que encarna de algún modo al yo que fui o creí ser hace todavía un par de años», escribió en un solo impulso, sin corregir nada, sin cambiar una sola palabra. Se sintió satisfecho y entonces consideró si de veras estaba dispuesto a sincerarse ante el (la) futuro(a) lector(a): Estela deslizó la noche anterior, mientras revisaba el último borrador, que eso rayaba en la impudicia, que no tenía ninguna obligación de *desnudarse* así como así; que de hecho se contradecía, pues –apeló a la honestidad de su marido–, de lo que menos tenía ganas era de «revelar sus claves», como él mismo decía. Así que apagó el cigarro y continuó, con clara conciencia de que no se trataba de otra cosa que enredar al lector: «Pero ¿quién no ha sido o soñado ser así? ¿Quién no ha pasado (o está cerca de pasar) por el crisol de la soledad sin ser santo? No te confundas: la penosa lectura que estás por concluir *no* es una autobiografía, menos aún el compendio de mis confesiones íntimas». Sólo pretendió hacer una obra literaria, y las obras literarias o que buscan esta dignidad no están hechas para *decir* verdades, argumentó, recordando vagamente algo que había leído en un libro de teoría literaria dos años atrás. Y parafraseó: «Su finalidad es *re-crear* y *recrear* –suena bien, se dijo: como los juegos de palabras que hace Ricardo en su taller–: amasar el barro cotidiano con los dedos de la ficción para hacer el mundo humanamente habitable, y *recrear* –sin guión, aclaró, quién sabe si para el lector o para él mismo–: extraer esa *cierta belleza*, a veces terrible, que nos espera en cada día...» Reflexionó sobre la propiedad de los suspensivos, y a falta de mejor opción remató: «Ojalá tu juicio me sea benevolente».

Suplicó después a su querido(a) lector(a) que, en vista de los argumentos anteriores, desechara la tentación de entender su noveleta como algo *real*, pues no había hecho más que ficcionar a partir de ficciones elaboradas por alguien más –una buena aliteración con toques de retruécano, observó– en las que, si ya aparecían nombres como el suyo y los de sus amigos (pensó en Eloy, quien le

mentó la madre cuando conoció lo que llevaba avanzado del tercer capítulo, y en Carlos, quien consideró *sumamente aburrido* lo que leyó, además de sentirse *realmente castrado* cuando llegó al mal chiste del inocuo), «Los Perros que nunca fuimos pero hemos dejado de ser», parafraseó, es porque así hizo él –Carlos, acotó para sí– su muy personal homenaje a esa etapa que (tecleó con los dedos entumidos) habían recorrido juntos. En todo caso culpó al protagonista de cualquier futura confusión, por empeñarse en *vivir* lo que su amigo simplemente re-creó: «No cometas el mismo error», concluyó el párrafo y vio en el reloj de pared que ya era de madrugada. Hasta entonces se dio cuenta de que su madre y su esposa habían dejado por la paz el asunto de la Nochebuena hacía mucho rato y dormían. Volvió a grabar, releyó desde el principio, se dio cuenta de que el cenicero estaba lleno, y suspiró.



Pensó cómo haría para dejar en claro que no se trataba de una autobiografía sin dejar de lado la ambigüedad. Le mostró a Estela lo que había avanzado aprovechando que se levantó; esbozó varias posibilidades y al fin lamentó la pérdida de tiempo a que lo obligaban las capacidades de la 286 y su falta de imaginación. Así que hizo crujir los dedos y poseído del mayor desaliento escribió, sin mucha seguridad –debió ser notoria, porque Estela regresó a la cama inmediatamente después de decir «eso del “no cometas el mismo error” suena a moraleja»– que había sido extremadamente difícil escribir una historia con nombres y vivencias tan entrañables sin caer en la tentación de traicionar a sus amigos o a sí mismo –pensó que debería agregar algo sobre *su* privacidad para reforzar el efecto, pero no encontró la manera– saliéndose de las líneas ficcionales fijadas por Carlos en *Los Perros* (le hizo jurar, recordaba, que no transcribiría el cuento porque echaría a perder el trabajo que él mismo hacía, de puro madreado según dijo, pero sabía muy bien que era miedo a que luego dijeran las malas lenguas –no sin motivos, aunque completamente infundados– que su *Los Perros*-novela era un plagio de *Soliloquios*) y más cuando lo construido por él –dudó de la verosimilitud antes de escribirlo– cobró vida propia.

Volvió a grabar y a releer, fiel a su manía, y aunque el párrafo no le convenció lo creyó suficientemente confuso. «No esperes que te diga dónde está la realidad y dónde la ficción –remató de puro ardor

por el comentario de Estela–, del mismo modo que luché sin descanso por no confundir el color de una con las intenciones de la otra: nada más lejos de mí que insultarte atentando contra tu derecho de lector(a) inteligente, es decir, el de imaginar, de re-crear».

Insertó otro *dingbat*, encendió otro cigarro, releyó una vez más, volvió a lamentar su poca seguridad. Buscaba la manera de emprender el apartado dedicado a los nombres cuando se dio cuenta de que tenía los pies helados.



Permíteme que insista, escribió después de una minuciosa relectura, creyendo que se había excedido en ambigüedad y confusión. E insistió en que los nombres con que el (la) lector(a) conoció a algunos personajes –y no importaba que fuera con apellido, pelos y señales, especificó– no correspondían por fuerza a quienes los llevan en la realidad, sino a los elaborados por Carlos. Él, para comenzar, no era como se le pintó en los primeros capítulos de la novela; recomendó tratarlo en persona para conocer su profundidad y coherencia. La insania que atribuyó a Eloy –agradecía *ad infinitum* que le permitiera usar una de sus viejas tintas como pretexto narrativo, sólo que no supo cómo escribirlo sin que la frase se volviera demasiado larga– pertenecía en realidad a un personaje de esta ciudad –tecleó– que el (la) lector(a) habría visto en los cafés; sin embargo prefirió reservarse su identidad. Por su parte, de Ricardo Suárez explicó que conjuntaba el nombre de dos maestros suyos (Ricardo *Yáñez*, se dijo, no el mamón de Castillo, y Arduo Suaves con todo y periquetes) pero no era ninguno de ellos en particular, quizá ni por lo general.

De los Kilderson –ya que estaba entrado en materia–, esos personajes que ocupaban la infancia solitaria de Mary, aseguró tomarlos prestados de una mujer inefable y aguerrida a quien conoció «“hace dos, tres veranos”, si no es que más», y que si bien pertenecían «a una edad finiquitada» era necesario reconocer su origen porque «¿quién sabe si no resucitarán algún día? Y de hecho ya han resucitado: aunque no son suecos inmigrantes y desapareció el nimbo idílico que los envolvía; Megan Hope se ha dedicado a trabajar como voluntaria en refugios para indocumentados y asilados políticos de México y Centroamérica, tras titularse en Literatura y Antropología por la Universidad de Kansas. A veces una madre para los hijos de

quienes deben buscar la vida y el *green card*, a veces esforzada maestra de inglés, siempre será para mí una hermana por su amor a nuestras culturas y la verdadera preocupación que siente por nuestros pueblos». El tono a todas luces patético de lo que escribió lo incomodaba, sintió que le daba la razón a su esposa con lo de la impudicia. Sin embargo continuó, casi llorando de emoción: «Mi admiración y cariño por ella no desmerecerán nunca, a pesar de los dolorosos sucesos –pensaba en un viejo amor no del todo ajeno a la novela, creyendo que si él no revolvía un poco las cosas sería difícil revolver al (la) lector(a)– que enmarcaron nuestra despedida».

Y dedicó dos párrafos para Azucena, «pues comprenderás que se trata de una situación delicada», apuntó. En el primero explicó que bajo ese nombre su amigo agrupó a tres o cuatro mujeres que algo habían tenido qué ver con él (volvió a evocar su viejo amor, su nombre y ojos felinos, mezclados con el genio y figura de otras, lo que le repugnó), y por supuesto, con el Mario de *Los Perros*. La mujer que así se llama en realidad –escribió– es la más hermosa e impoluta que conoció –y amó casi en secreto, entre guiones– mientras fue bachiller. Le pidió disculpas, en su nombre y el de Carlos, por adornarla con atributos de personas a quienes no quisiera recordar, tan opuestas a ella (esto lo pensó para sí).

Por supuesto, Zú no está muerta, escribió al principio del segundo párrafo mientras un perro ladraba de frío, encerrado en un taller. *A estas alturas habrá terminado su carrera y quizá goce de las delicias del matrimonio*, quiso escribir como conclusión de sus «Aclaraciones innecesarias», pero la tentación de mencionar que Estela fue parte de la mujer inventada por Carlos y, por lo tanto, de *algún modo* se había casado con Zú, lo mantuvo pensativo un rato. Temió un amago de celos y borró, hasta lo de las delicias del matrimonio.



«Todos los lugares que aparecieron en la novela son reales, o lo fueron alguna vez», escribió después de insertar un *dingbat* e indignado porque la referencia a Azucena, tan efectiva como final, se veía deslucida por la necesidad de mencionar algo que, de nuevo en plan de ambigüedad, hiciera dudar al (la) lector(a), ahora, de la irrealidad de la novela. Molesto por caer en su propia trampa, desentumió sus dedos, volvió a grabar el texto, y continuó: «Si alguno de ellos

logró ser tan entrañable para ti como lo es para mi protagonista, o si recorriste los lugares que eran sueño y develaste algunos secretos de tu memoria, la pena de hacerte leer este adefesio ha encontrado una justificación. No importa que tu vivencia difiera de la suya; de hecho, mi regocijo quedaría en nada si mi intento de novela no es capaz de invitarte a recorrer *tu* Ciudad, la de tus recuerdos y tus sueños, amores y despedidas: si no puedes *vivirla* de veras como el crisol que hace hombres a los santos... si cometes la Traición Mayor sin redimirte».

Wadi-il-Hidjara, diciembre 12 de 1997, día de Nuestra Señora Tonantzin Izpapálotl Cihuacóatl-Cuauhtloque, fechó el texto, aunque sabía que era una mentira redomada.



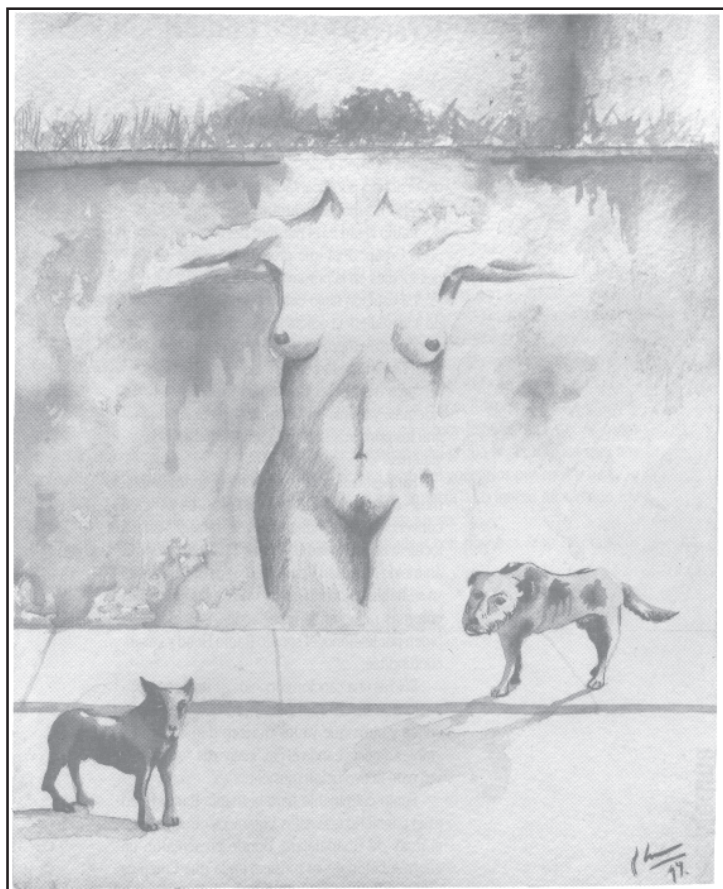
Y entonces supo, después de desvelarse tantas noches, de sudar la gorda para que su esposa lo dejara trabajar en paz al regreso de la Facultad; después de escamotearle medio semestre a su proyecto de tesis; de las componendas con su madre y Jorge Esquinca, de tantas mentiras fabricadas para entregar a tiempo los reportes y no quedarse sin el cheque, ése que le permitió pagarse renta de soltero y mantener el tren del matrimonio durante un año, gestación y parto de Mario Elías, y mimos, croquetas, veterinario y, al fin, sacrificio irremediable de La Ñenga, hermana del Enano, gata siamesa entrañable como una hija y habitual pasajera del Ruta 30, incluidos; tantos cafés de fiado, las novelas de Marsé que tuvo que leer, las de Cela, Delibes; monólogos de Savater; tanta indirecta sobre la inleída novela de Elizondo y la sobada de Vargas Llosa; tantas borracheras quincenales por el Centro-Occidente del país con sucesos que mejor guarda en secreto, algunos por entrañables, otros por deleznales y muchos más por escapar al alcance feliz de la palabra; después de conocer en Ignacio Trejo el modelo de lo que debió hacer (y ahora contempla hacer); con tres proyectos más jeringando en la cabeza; después de pagar los precios más altos que le haya costado alguna obra (y no fueron dejar la plaza en un bachillerato no sólo gris sino macabro, ni pelearse para siempre jamás amén con uno de sus tíos), a saber, la promesa de renunciar a las letras cuando

estorbaran su amantísimo lugar de esposo y padre (compromiso igual de irracional que el de publicar una novela frustrada que costó dieciochomil pesos al erario), y liarse por primera vez a golpes (verbales, más dolorosos que los físicos) con su mejor amigo por amar su escritura casi hasta el plagio; en fin, después de ser rechazado como colaborador del *Siglo 21*, ser acusado de solemne irremediable por su estilo epistolar; de bailar *Nereidas* en el México interpretado por la Danzonera de Acerina –sueño largamente mimado que pagó con asma en La Reforma–; de bajar al Edén y subir a La Bufa, y terminar amando a una mujer de cuarenta años y un cómplice guzmanense de usufructo con la conciencia tranquila; de conocer sin derecho el lado más humano de varios humanos (Elsa, Juan Carlos, Mwata, Octavio, Arlette, Rodo, Maru, Jaime, Macías, Dora); al cabo de perder la esperanza en que su poemario llegue a publicarse, de aprender a sentir cierto cariño por Francisco Cervantes, de conocer una adorable extremeña que hace la mejor tortilla de patatas; de dedicar un altar en el balcón de su departamento a Los Perros que Nunca Fuimos frustrado por un muerto de verdad; de aprender a callar frente a las extrañezas de su suegra, cabello teñido y uñas-gel de su cuñada, la alarma en el coche del concuño, impasibilidad de su suegro, complejos de sus tíos y desmemorias de su esposa; tras el martirio de revisar quién sabe cuántas veces la novela, epílogo incluido y sus veinte borradores, capítulo a capítulo, de apartado en apartado, cuadro a cuadro, de párrafo en párrafo, frase en frase y palabra por palabra; sin ganas ya de saber si cumplían con las cincuentamil que exige Forster –su esposa sabe de eso– y el *suspense* que de cualquier modo nunca se le ha dado; cansado, desvelado, aterido, desencantado de ver nevar y sin embargo seguro de que dirá: «Mario Elías, cuando tenías cuatro meses nevó en Guadalajara, un día después que te vestimos de Juan Diego por primera vez. Yo no lo volveré a ver, quizá tú tampoco, pero que mis nietos no dejen de saberlo»; con el gas cortado y un frío de recordar; memoria fresquísima de danzas guadalupanas frente al hogar materno, donde se hiela exactamente a las cinco y media de la madrugada de un domingo aterrador mientras escribe el epílogo de su novela, seguro de que *Tonantzin Itzapálotl Cihuacóatl-Cuauhtlatoque* es muestra insuperable de que nunca dejará de ser el chocante cerebrillo de la infancia –y eso que no presume su alemán desde que le vieron el huarache tres semanas atrás–; empeñado en no pensar que algún día morirá, defendiendo su ateísmo (panteísmo, dicen otros) contra la

evidencia de *eso*; sabe al fin, ha entendido por fin, lo que el Ángel del Señor susurraba a su oído desde que tomó la Biblia hace siete horas, abierta en *Eclesiastés* 3: no hacen falta epígrafes, no hace falta buscar finales felices ni frases ambiguas para adornar el último gesto de destrucción, derrumbar el monumento de las ruinas: construir. Basta con construir. Es el tiempo.

Guadalajara, diciembre 28 de 1997





Eloy Barragán

